

La pobreza, exilio del mundo

Antología poética
2026

CASA DE POESÍA SILVA

Diálogo

La pobreza, exilio del mundo

Antología poética
2026



Los Impresentables
Ediciones

Casa de Poesía Silva


CASA DE
POESÍA
SILVA
EN ESTA CASA
VIVIÓ EL POETA
JOSÉ ASUNCIÓN
SILVA
1865-1896
13
3-41

La pobreza, exilio del mundo. Antología poética 2026

© De los textos: Los autores.
© De esta edición: Fundación Casa de Poesía Silva y Los Impresentables ediciones.

Colección Diálogo
Editora: Alma Castro Chávez
Editor literario: Rodolfo Ramírez Soto
Diseño y diagramación: Bibiana Gómez
Digitación y corrección de textos: David Alejandro Pinto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de los editores.

Bogotá D.C., Colombia
Noviembre de 2026

Proyecto CN176-2026
Concurso Nacional de Poesía
“La pobreza, exilio del mundo”

El Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
apoya este proyecto a través del Programa Nacional
de Concertación Cultural.

Culturas

CASA DE POESÍA SILVA
40 años

Índice

pag 6
Ganadores

pag 32
Menciones

pag 42
Finalistas



Ganadores

La casa temblaba desde antes

A las siete y treinta y cuatro
San José del Palmar puso el oído sobre la tierra.
No hubo tiempo de despedir la mesa:
el café saltó de la taza,
la cuchara perdió su pequeño equilibrio
y un retrato cayó de frente
como si los muertos hubieran sentido miedo otra vez.

La tierra repartió el espanto sin preguntar apellidos.
Pero la pérdida, esa vieja funcionaria,
ya sabía en qué puertas debía quedarse.
La casa conocía aquel movimiento:
temblaba cuando la lluvia entraba sin permiso,
cuando el mercado terminaba antes del jueves,
cuando una fiebre quedaba demasiado lejos del médico,
cuando el río era camino, frontera y demora.

La casa temblaba desde antes.

Primero se abrió la pared.
Por la grieta apareció el patio del vecino
y durante un segundo dos familias
tuvieron la misma sala.

Después cayó el techo
sobre la cama tendida,
sobre el uniforme que esperaba escuela,
sobre la foto de una hija que trabaja lejos
y manda, cuando puede, para completar el arroz.

Una madre abrazó al niño debajo de la mesa.
El niño abrazó al perro.
El perro miró la puerta
como si todavía creyera que una puerta protege.

Cuando todo terminó de moverse,
nadie supo qué salvar primero:
si el cuerpo, el documento, la medicina,
la olla donde alcanzaban a comer seis
o el cuaderno en que una niña había escrito
que de grande quería construir casas.

La casa no cayó de una sola vez.
Bajo los ladrillos siguieron despiertos
el olor del café, una oración a medias,
la costumbre de volver.

Luego llegaron las cifras.
Traían casillas limpias,
columnas derechas,
un lugar exacto para cada pared vencida.

Preguntaron cuánto valía el techo.
Nadie supo ponerle precio
a la altura donde dormía la abuela,
al rincón donde parió la perra,
a las rayas de lápiz que medían a los niños.

En ciertas hojas no cabían
emberá, wounaan, afrodescendiente.
El papel sabía contar paredes,
pero enmudecía frente a los pueblos.
Así comienza otro destierro:
cuando la patria no alcanza a escribirte.

Entonces la comunidad comenzó a contarse sola.
Pronunciaron sus nombres en voz alta
para que la muerte no los resumiera.
Contaron al herido, al ausente, al que regresó;
la casa, la canoa, el fogón, la semilla.
Se contaron para encontrarse.

Uno por uno, vivos y muertos,
volvieron a entrar en la cuenta del mundo.

La primera ayuda no llegó en una camioneta.
Llegó descalza.
Traía una sábana, dos botellas de agua
y las manos todavía asustadas.

Un hombre levantó la viga de un desconocido.
Una mujer partió el último pan en ocho
y dijo que ya había comido.
Nadie le creyó,

pero todos aceptaron aquel pedazo de mentira
porque a veces la ternura también sabe engañar al
hambre.

Sobre dos piedras rescatadas
una olla volvió a reunir el pueblo.
Debajo ardía la leña;
arriba hervía una patria pequeña,
sin himno, sin tarima, sin dueño.

La compasión no miró desde la orilla:
se arremangó la camisa,
entró en el polvo ajeno,
cargó un cuerpo sin preguntar su partido,
escuchó un nombre hasta aprenderlo.

Nadie fue héroe aquella mañana.
Fueron humanos a tiempo.

Más tarde, la palabra reconstrucción tuvo micrófono.
Abajo, una mujer reconstruía el almuerzo
con media libra de arroz
y una paciencia sin subsidio.

El presupuesto aprendió a decir emergencia.
La emergencia ya sabía cocinar,
vendar, cavar,
velar a sus muertos.

Hay fallas que no aparecen en los mapas geológicos:
sellan, firman, prometen;
trazan carreteras sobre el papel
y dejan que la distancia se las coma.

La tierra no inventó la casa débil.
La placa de Nazca no eligió
quién dormía bajo concreto
y quién bajo una promesa mojada.

Al contar los votos fueron visibles.
Al contar las pérdidas,
el país miró a través de ellos.
Qué manera tan exacta del destierro:
seguir dentro del mapa
y no caber en la mirada.

Que nadie los llame invencibles
para ahorrarse la tarea de cuidarlos.
El elogio también abandona
cuando aplaude al herido
y deja intacta la herida.

Yo vengo de otra tierra que aprendió a contarse sola.
En el Catatumbo, las madres distinguen
el trueno de aquello que no trae lluvia,
y estiran el arroz hasta que alcance
para todos los nombres sentados a la mesa.

No escribo para explicarle al Chocó su dolor.
Escribo para sentarme a su lado.
Para reconocer, de una orilla a otra,
el sonido que hace un país cuando abandona
una habitación.

Sé que el arte no vuelve a levantar una pared,
pero puede impedir que el olvido la termine
de tumbar.

Sé que un verso no reemplaza el techo,
pero a veces sostiene el nombre
mientras llegan la madera, el zinc, la justicia.

Quien llegó a tiempo no borra
la silla vacía de quien debía llegar.
Pero impide que la ausencia
se siente a presidir la mesa.
Eso hizo el pueblo:
abrió sitio entre lo poco
para quien el mundo había dejado afuera.
Porque una casa no es el muro que resiste:
es alguien pronunciando nuestro nombre
cuando los escombros intentan borrarlo.

La casa temblaba desde antes.
Tal vez mañana vuelva a temblar.
Pero una mano encontró otra debajo del polvo
y, por un instante,
nadie estuvo completamente exiliado del mundo.

Victor Manuel Becerra Monteverde
Cúcuta

Hoy mi corazón es de arena

I

Demonios en traje santo,
que ángeles parecieran,
derramar sangre quisieran
de los que no tienen tanto.
Y engañada por su encanto,
asiente la vieja muerte
que además fácil concierte
al castigo de los justos
porque comparte los gustos
de los del infierno inerte.

II

Los ojos del mundo abiertos,
testigos de la matanza
justificada en venganza
sobre exiliados inciertos.
Y callan hoy los expertos
que de libertad enseñan;
hoy la cordura desdeñan
pues el poder que atropella
con su oro sucio degüella
su razón, y almas domeñan.

III

Y yo sentado en mi asiento,
doliendo el dolor ajeno,
buscando poner el freno
de ese lejano tormento;
entonces gasto mi aliento
en un grito, un estallido
que enardezca ya el sentido,
acabe con los mutismos
y nos una entre los mismos
en cantos contra el olvido.

Andres Felipe Nieto Arias
Mosquera

Después de volver

Mi padre
Aprendió a dormir con un ojo abierto,
guardó sus años en un uniforme.
Volvió con barro en las botas,
Con nombres que nunca pronunció,
Con muertos que todavía
Le caminan por los ojos.
Volvió de lugares
Donde la tierra aprendió
A reconocer la sangre.
Mi padre volvió
Como esperan los muertos:
Sin reclamar los años.
Mi padre volvió.
Lleva un país en el pecho.
Mi padre,
No todos los que regresan vuelven.
Esta noche dormirás en tu antigua cama.
Escucharas pasos en el corredor.
Te levantarás con el corazón armado.
Abrirás la puerta.
No habrá nadie.

María José Velásquez Oñate
Tunja

El país de las vitrinas

Hay niños que conocen el precio del pan
antes que el nombre de los pájaros.

Sus manos crecen demasiado rápido.

Miran las vitrinas,
como quien mira un país extranjero.

En la mesa,
su madre cuenta monedas
como si al repetirlas
pudieran multiplicarse.

Después, guarda una palabra en el bolsillo
y sirve agua para todos.

Primero los niños.

Después ella,
con la sed quebrada entre las manos.

Adentro,
las mesas rebosan
y nadie mira hacia la calle.

Afuera,
la tierra abre sus manos
y no alcanza para todos.

Y mientras tanto,
los pájaros siguen volando
sin preguntar
cuánto cuesta el cielo.

Johanna Marcela Rozo Enciso
Pamplona

Desayuno

*

mi sombra
sobre la mesa
está servida

*

Uli Puaj
Barcelona

Versión de los niños

Sostenía la casa
con una frase demasiado grande para mis manos:
me hago cargo mamá.
Mientras los adultos se quebraban,
aprendí a ordenar el amor
como quien recoge vidrios descalzo,
para que nadie más sangre.
Fui llamado “noble” a fuerza de callarme.
“Fuerte”, porque no lloré y me dolía.
Lo aprendí temprano:
la culpa pronuncia mi nombre con exactitud.
Cargué decisiones que no me tocaban.
Ordené escapes, cierres, sigilo...
por si ocurría.
Como si la vida fuera un mueble
que solo yo sabía armar.
Hoy el cuerpo tiembla cuando dice basta.
No por duda, sino por desprendimiento.
Suelto a veces una alianza antigua.
Los niños que fuimos pueden, por fin,
descansar los brazos del peso
del mundo.

Angélica Patricia Hoyos Guzmán
Santa Marta

El puerto de quienes no pueden partir

I

Hay un olor que llega antes que el mar:
salado, metálico,
como si algo se hubiera oxidado en el aire.

Buenaventura amanece naranja sobre el agua.
Las gaviotas dibujan círculos en el parque
y la brisa golpea el rostro con esa mezcla
de tranquilidad y tristeza que solo conocen
quienes aman un lugar que no los sostiene.

Los barcos parten cargados.

Contenedores apilados como promesas
que nunca bajan a tierra.

La riqueza atraviesa el puerto
sin detenerse,
sin preguntar quién vive aquí,
sin mirar atrás.

En San Buenaventura las calles eran grises,
aunque estuvieran pavimentadas.

El barro se endurecía bajo el sol
y dejaba marcas opacas,
costras de lodo adheridas al cemento,

huellas de algo que estuvo húmedo
y ya no vuelve.

A las nueve de la mañana,
cuando el calor apenas comenzaba,
vi correr a alguien.

Lo perseguían.

Era una cacería
en las calles del barrio.

Esa noche, en mi cama,
el olor a hierro seguía pegado
a mi respiración.

Aunque ya no estaba cerca,
mi cuerpo aún lo recordaba.

II

Hay niñas que aprenden temprano
a decir “no importa”
cuando sí les importa.

No piden la merienda,
no mencionan los zapatos,
no levantan la mano
cuando falta el cuaderno.

Dicen que no tienen hambre
para que alcance.

Bajan la mirada
cuando alguien habla de dinero,
reducen la voz,

ocupan menos espacio en el pupitre,
en la casa,
en el mundo.

Aprenden que necesitar
es una forma de culpa.

Las mujeres pagan primero el arriendo.

Alimentan a sus hijos,
resuelven los servicios,
piden fiado en la tienda
y fingen tranquilidad cuando regresan.

Ellas quedan para después.

Nadie pregunta quién las sostiene.

Lloran cuando todos duermen,
guardan silencio ante la humillación
porque saben que perder el trabajo
—ese contrato que se renueva
si hay suerte, si hay padrino—
es dejar a la familia sin nada.

En una oficina pública
me lo dijeron sin pudor:

mi formación no bastaba,
mi experiencia tampoco.

Faltaba un respaldo político.

Después me ofrecieron
otra oportunidad:

mi cuerpo
a cambio de un contrato.

La necesidad puesta a negociar.

Vi a una mujer salir del hospital
después de diez años de trabajo.

Le faltaban seis para pensionarse.

La nueva administración
no renovó su contrato.

Salió sin estabilidad,
sin garantías,
contando cada peso que le quedaba.

En las casas se habla en voz baja
para que los niños no escuchen.

Se divide la porción,
se apaga la luz,
se guarda silencio
cuando llega la factura.

Los sueños se reducen
hasta parecer un lujo.

Permanecer en el territorio

mientras la riqueza circula por encima,
como esos barcos que nunca anclan,
como esas oportunidades
que pasan de largo.

Pero, a veces,
alguien se detiene.

Un niño le dijo a su amigo
que en su casa no había comida.

El otro no hizo preguntas.
Entró a su propia casa,
abrió la nevera,
tomó lo que encontró
y salió para entregárselo.

Fue un gesto pequeño,
espontáneo,
tierno como solo pueden serlo
las manos que todavía no entienden
por qué alguien tiene que pasar hambre.

III

El puerto sigue ahí,
naranja al atardecer.

Los barcos siguen partiendo
con el vientre lleno.

Las personas siguen quedándose.
Alguien divide el alimento.

Alguien pide fiado.
Alguien se acuesta sin cenar
y dice que no tiene hambre.

El mar huele a sal,
a despedida,
a hierro.

Las gaviotas dibujan círculos
sobre la orilla.
Buenaventura mira partir el mundo
sin que el mundo termine de llegarle.

Sonia Patricia Cleves Lombana
Tuluá

País adentro

I

Aquí empieza el territorio.
no hay anuncio.
no hay una bandera.
        una casa
crece hacia sus propias ruinas.

Entro:
una habitación
dentro de otra habitación
        dentro de otra
El pasillo no termina
hay puertas
        que conservan cuerpos.
puertas
que conservan nombres.
puertas
que nadie recuerda haber abierto.

II

En este país
la noche tiene documentos
los muros conocen mi edad
la cocina permanece intacta
sobre la mesa:
un vaso,
una silla,
la sombra de alguien
que ya no vive aquí.
No tocar.
No mover.
No preguntar.

III

Afuera
el mundo sucede
hay calles.
hay voces.
hay gente regresando a sus casas
con el cansancio entre las manos.

Yo permanezco
una frontera atraviesa el pecho.
de un lado,
lo que fui.
del otro,
esta forma de seguir.

IV

He aprendido la geografía
de los lugares sin salida
sé dónde esconder la tristeza
sé dónde duerme la ausencia
sé qué paredes
se levantan durante el alba.

El dolor no tiene centro
tiene habitaciones.
sótanos.
una ventana
desde la que nadie vuelve.

V

Algunas mañanas
la casa parece más grande.
cabe entera en el cuerpo
camino
cruzo sus corredores
abro una puerta
después otra.
Hasta llegar
a ese lugar
donde ya no queda nada
que cerrar.

Y permanezco.

La puerta sigue abierta.

Afuera
nadie sabe mi nombre.
Adentro
las paredes envejecen conmigo.

Una habitación
ha vuelto a cerrarse.

Luis Fernando Martines Pacheco
Bogota D.C.

Cuánta piel

Cuántos muertos traerás hoy, río

qué siente tu piel cuando caen los cuerpos
con sus pieles y sus huesos

Cuántos olvidos llevarás hoy,
río, cuantos silencios.

Daniel Moreno López
Armenia

Hoy

Tiempo de exigüidad,
el agua huye
y de los llanos
el chigüiro.
Sin granos las aves
no se reproducen,
sin chiquillos
las escuelas
cierran.
Los vendedores de paletas
en la memoria
cada vez más.

Jesús Delgado
Bogotá D.C.

Menciones

HAMBRE

Alcé la escopeta
y apunté a la hembra con sus hijos.
Sus ojos me imploraron:
“No me mate que tengo hijos”.
También mis ojos
escurrieron sus lágrimas.
Bajé ligeramente la escopeta
y afiné la puntería.
Disparé con seguridad
y no lloraría más
porque mis hijos tenían que comer.

John Jairo Zuluaga Londoño
Bogotá D.C.

La injusticia del último momento

Solidaridad:
I (con la misma mano)

Maryeris me regaña apenas entro a mi casa:
señor fulanito acabé de limpiar el piso
con un tono serio, una voz recia.
Es una mujer aguerrida, fuerte,
simpática.
Me sonrío, le reclamo su impertinencia
y ella suelta la carcajada.

Con mi esposa
tienen una relación de amigas,
casi íntimas,
hablan de sus problemas
diarios como si fueran chismes,
quedan en silencio cuando me acerco
al servirme un café en la mañana.

Cuando vuelvo arriba, a mi oficina
(ese cuarto casi vacío
en donde escribo o leo),
vuelven los engranajes de lo cotidiano
a rodar aceitados.

Maryeris luego sube, me dice
señor fulanito voy a limpiar
y en realidad me está dando una orden.
Ya voy Marye, ya salgo, le digo

sonriente,
extrañamente satisfecho
de la confianza con que me habla.

Las historias de la vida de Marye
de las que me entero por casualidad
cuando hablan y no han notado mi presencia
o porque mi esposa me cuenta

me sacuden.

Hijos inclementes, nietos
abandonados, barrios feroces.
Enfermedades crónicas.
Violencia.

Con la mano que aliña el pollo
que comeré en un rato
ha apuntado un arma
para defender la casita a medio hacer
en donde sostiene
a otros 7 parientes.

Maryeris nos agradece por el pago puntual
y algo más alto
de lo normalmente establecido,
pero se niega si hay una labor
nueva que no le permita terminar
a la hora convenida.

Maryeris limpia con misteriosa
emoción
y seriedad impenetrable.

Su necesidad permite
que yo escriba palabras como estas
que a ella no le interesan
y para mí señalan
el sentido
de permanecer en la tierra.

El mundo es injusto, lo sabemos ella
y mi esposa y yo.

También sabemos, los tres,
que no podemos hacer
mucho más al respecto.

Compasión
II (requiem por un mototaxista en Valledupar)

Por lo menos no fuiste asesinado por un rifle de asalto
mientras sonaba algún himno silvestrista
y una mujer golpeaba insistentemente un recipiente plástico
donde había un poco´e bolas de butifarra,
como un traqueto el otro día,
que salió en el Pilón y toa la vaina.

No. A ti te pasó por encima una camioneta
inmensa
de color blanco,
te aplastó la cabeza porque no llevabas casco:
el tipo venía escuchando al Churo Díaz.

Gente de bien, claro que sí, pero no
se bajaron a ver si habías sobrevivido
y salieron desmierdados por toda la Simón Bolívar.

Vivías en el margen derecho del río Guatapurí o en
La Nevada,
y salías en la moto a trabajar o a robar, lo mismo da,
con tal de poder llevarle tres pesos a la Maryeris
—pa que dejara de joderte por el colegio de
la pelaíta—
y tener buen billete pa la parranda y las putas.

Siempre en la calle ibas de afán, porque ese sol
picaba en la piel más agresivamente
si el semáforo alumbraba
la esquina del día con su luz roja:
ni que fueras pendejo para esperarte a que
se pusiera en verde.
Como una culebra de'sas rabo'eají,
con tu veneno ibas zigzagueando entre carriles,
esquivando la demora que traía la muerte desde
otro mundo.

Si no le hubieras quitado los espejos a la moto
te hubieras sentido medio maricón frente a los panas,
porque parecen cachos o adornos de bicicleta.
Qué importa que no hayas visto lo que venía
cuando diste la vuelta:
vivir o morir es pa varones.

Qué rabia te daba no haber podido estudiar,
no tener trabajo,
no tener voz ni saber versear
como dios -o el cacique de la Junta- manda,
y vivir junto a unos migrantes más malandros que
tú
(o eso pensabas).

Tu venganza atravesaba los aires en contravía
de las calles y de todo lo que ocurre en Valledupar
y eras tantos
que van pal otro lado
que ya no sabemos hacia dónde
fluye el tiempo:

si al olvido asfixiante
de la injusticia del último momento de tu vida
en que respiraste los 40 grados centígrados
del mediodía en el Valle

o hacia el perdón infinito
que pediste a la Maryeris
y a la Cruz
(que llevabas colgada del cuello
y que te había regalado tu abuela en su finquita
cuando eras pelao).

Juan Camilo Lee Penagos
Valledupar

()

y el asombro.

Asombro al sentir un pájaro caer del cielo
sobre ti
sobre tu pecho
asido a tu cabello
como si un nido de pájaros fuese tu cabello.

Soltarle con cuidado y verle volar
verle intentar volar
verle fracasar en volar
verle chocar contra la pared
el suelo
tu cuerpo
en lugar de volar.

Sentir su respiración
su miedo
su vida
sus latidos erráticos
que se confunden con los de tus de
dedos que le acunan
y con los de tus palmas
que le sostienen.

Mirar su pajarosidad herida y diminuta
ver en ella el dolor de medio mundo
a merced de la otra mitad
darle refugio temporal en tu pecho
en una caja de zapatos
en tu hogar.

Pasar la noche pensando si los agujeros que hiciste en
la caja
son suficientes para que pueda respirar
soñar con verle muerto al despertar.
Despertar ante la posibilidad.

Quedarte bocarriba en tu cama
con la mirada fija en las vetas del techo de madera
pensar en cuántos pájaros se quedaron sin hogar
para que tú no tengas que dormir a la intemperie.

Oír al alba a otros pájaros cantar.
Esperar a que sea la hora para llevarle
al lugar en el que pueden curarle sus heridas
aliviar su dolor
y devolverle al árbol de donde cayó
el único pájaro que está en tus
manos salvar.

Abrir la caja
escucharlo piar.
Volver a respirar.

Clara Inés Giraldo Mejía
Bogotá D.C.

Naufragio

(al día 10 de agosto de 2026)

Súbitas vueltas; Fortuna ha hablado,
misterio que deambulas por la vida
y sentencias con dolorosa caída,
lo que con sangre y sudor he cuidado.

Si desconfío, hágame a un lado,
que en este siglo caemos de bruces
en espejismos: pantallas y luces;
pero ¡ay, realidad! Hoy has llamado.

Atendiendo al caso entonces yo pido:
salga usted, no le falte el aliento,
de este naufragio sin mar y sin viento.

Y “no pierda más quien tanto ha perdido”
permítame usted traer el soneto;
no sufra, pues, lo que yo ya lamento.

Julián David González Moreno
Foz do Iguaçu

Finalistas

Exilio

La casa quedó en silencio
Detrás se quedó el cafetal
y el canto mudo del gallo

Caminamos cinco días
con una cobija en el brazo
Dormimos con el miedo como almohada

Hasta que alguien en una casa
abrió la puerta de la esperanza
y dijo: sigan, ya pasamos por lo mismo.

Erika Rocío León Baquero
Bogotá D.C.

Un pordiosero sostiene
el viejo vaso plástico.

Incesante,
extiende su brazo,
movimientos regulares
dirigen la melodía
encerrada en el vaso:
tres monedas.
Quimeras.
Con suerte,
se irá el hambre
más tarde.
Cobre, aluminio, níquel.
Aumentan los ruidos,
las gentes, los carros.

Sol gris,
antesala del viento helado,
sacan al pordiosero
de sus cavilaciones.
Llueve.

Edna Lizbeth Pérez Martinez
Duitama

La casa triste

Triste la empobrecida casa
encaramada en cuatro palos sobre el agua,
transcurre su madera húmeda
en el pueblo palafito donde el mangle aúlla.

Su memoria es infinita:
varias generaciones la han habitado
quizá en otro tiempo más lustrosa
con alguna canoa atada en una de sus esquinas,
llena de peces y de historia de la vasta Ciénaga
donde surca el agua temblorosa cada mañana.

Triste la casa por el abandono,
a sus miserias suma el vacío de la soledad
desde aquella madrugada de la incursión armada
que profanó la serenidad anfibia donde se levanta
en medio de la vetustez de sus sombras perforadas
por las balas.

Viene el humo de la pólvora a cubrirla,
ensordecida por los gritos de dolor, desgarrada,
se sostiene en el vibrante oleaje
azuzado por los motores huyendo en caravana
los fogones apagados,
ya el café amargo exudaba su fragancia
sin más viandas para alimentar la extensa jornada.

Triste la casa manchada de sangre en sus ventanas
llora su techo de zinc con las sonoras gotas
desde el cielo derramadas
se ha quedado sola,
ya no acoge a los niños hambrientos
cuando del colegio regresaban a jugar con las
atarrayas,
ensayando el oficio que en adelante el alimento les
procurara
se marcharon,
huyeron para siempre con sus madres en el alba,
desplazados les llaman.

La casa triste,
triste la pobre casa.

Magalys Virginia Ortiz Esquea
Santa Marta

Lágrimas negras

La yaya Macumba
vende cocadas entre la Avenida Oriental y La playa.
«¡Cocadas, cocadas!». Ella canta con su voz de mar
y su nieta recibe la plata. Sus ojos claros ya no le dan.
En las tardes me siento a escucharle las historias.
Nació en el Chocó, pero hizo su vida en Urabá.
De su tiempo en Truandó recuerda las subiendas de sábalo,
plateando por las verdes aguas.
Al quedar viuda y perder a su hijo,
un desaparecido de la guerra, fue desplazada.

Sentada en la banca
me cuenta que en el malecón de Turbo
tuvo una mesa de comida,
de la cual rememora
que al finalizar el día les daba las migajas a sus gaviotas.
«¡Eran como mis gallinitas blancas, profe!», decía.
Después consiguió un lote en Chigorodó
donde tuvo su casa de tablas. Y en la cuadra se hizo nuestra abuela.
Nuestra yaya Macumba
que, con yerbas nos curó
y a los niños con humo de tabaco les quitó el mal de ojo.

Décadas más tarde fue mordida por la peste.
«¡Aquí no queremos brujas!»,
sentenciaron los paramilitares
y con los pocos enceres a la ciudad migró.

Las arrugas en su frente
me evocan el río africano
que por su sangre corre.
La yaya Macumba, ahora vieja y cegata,
alega con su voz de cigarra que
cuando el cielo se desborda sobre Medellín,
ha visto sábalos en la Avenida Oriental.
«¡Ve, ve! Plateaditos, plateaditos, los he visto saltar,
mi profe»,
me decía entre el sueño y la muerte.
En cierta ocasión, me jura,
vio bajar en canoa al tío Lucho Carabalí cantando.
«Uh, uh... Tío guachupecito, siéntese, siéntese,
siéntese». Las notas me llevan a la
selva. *«Paraíto nada más, ay sobrinos. Paraíto*
nada más, ay sobrinos. Paraíto
nada más», la abuela Macumba cierra los ojos
y recuesta la cabeza. Al quedarse dormida
me voy para dejarla sola con su nieta.
De la búsqueda de su hijo
han pasado cincuenta años. Todavía lo espera.
Aún llora las mismas
negras lágrimas como ríos.
Se las limpia y sonríe apenada.
La abrazo y le pido que me hable de los sábalos
en la Avenida Oriental.

Hugo Alexander Oquendo Torres
Dosquebradas

N.N.

A la orilla de sus pestañas habitó un mundo
donde un curtido pantalón fue su único tesoro,
bolsillos rotos arropaban sus heladas manos,
huía por trochas húmedas con olor a sangre seca,
aquel aire hinchó sus pulmones de valentía
invadiendo las uñas de desesperación,
solo quería vivir.

Ni un perro le seguía, solo las lágrimas
dibujadas en rostros de familiares y extraños
cubiertas por el polvo del abandono.

Huía de donde zumbantes balas perforaron el sol
y el futuro se tiñó de oscuridad e insomnio.

En su torso pequeño y desnudo, como ramas
tatuadas
descansa el azote grueso de su infancia.
Su piel deshidratada cuenta sus últimos días.
Fue extrayéndose de sí mismo...
Su mente fue colonizada por el miedo y la pólvora.

Qué decir de sus callosos pies
se volvieron coraza ante la rudeza del camino
y como mapa sus pasos en pedernal se
convirtieron.

La estatura de junco se dobló ante el poder del
fusil.

Lloro viéndolo. Sus huesos no deben tener ni doce.
En el pasillo hay un río de llanto, una maestra
desconsolada:
Alguien robó la letra de su poema favorito,
y la cartografía de un sueño fue asesinada frente sus ojos.

Afuera la gente se va aglomerando, vociferan en
oraciones
mientras los niños se esconden de pavor bajo sus camas.
El calor confunde los olores y el cielo se enfurece,
grita.
La tierra mojada de pena florece a pesar del mal.

Gloria Esperanza Cojo Rodriguéz
Chía

Visitante

Las niñas corren como dos liebres
teñidas con la sangre
fría de los hombres,
los santos de la iglesia
se visten de humo
en el sueño macabro de la abuela.
No hay memoria sin la levedad
del olvido,
pero el olvido no es
la vida agolpada
en el limbo de las horas,
es un dilema de cicatrices
urgidas de espacio
en el sinsabor de los recuerdos.
La niña fue atravesada
por la punta del grito,
marcada en su frente
la cruz ensangrentada de marzo.
Hoy, la abuela lloró en silencio
y repitió las palabras de la noche,
rezó un lamento silente
para el muchacho
que corría sin aliento
a través de las llamas,
hoy vio a su madre
abandonar el vestido
arrancado con manos negras.

Hoy abracé a la abuela,
le dije en voz baja:
—Abrí la puerta, entró
el muchacho
que abrazará tu alma para siempre—.

Carol Yadira González Cuesta
Bogotá D.C.

Los desterrados de la clorofila

Atrás quedó el murmullo de los surcos,
el milagro verde de la planta de plátano
y el olor a tierra mojada después de la cosecha.
Les arrancaron de golpe el paisaje,
los despojaron de la clorofila que alimentaba el alma,
y llenaba el aire limpio de la cordillera
por el humo grisáceo de un camión que truena en la avenida.

Ahora sus manos,
callosas por el mango de madera del azadón,
se aferran al plástico negro de un cambuche informal
en la ladera más alta y estéril de la comuna.
Ya no hay labranza ni semillas bajo las uñas;
solo el polvo de las calles de cemento ajeno,
el ruido opaco de los motores abajo, en el centro,
y la mirada fría de una ciudad indolente que pasa de largo.

El agua aquí no baja por los riachuelos de la montaña;
llega esquiva, los martes, contenida en pimpinas plásticas
que los niños arrastran loma arriba como un castigo.

No hay maíz tierno en el fogón de leña,
pero en la penumbra bajo el cambuche,
la solidaridad todavía se corta con los dedos:
un pan trenzado de cinco mil pesos se reparte
entre cuatro bocas,
mientras la noche de los desterrados
se enciende con el parpadeo de las luces reflejadas en
el asfalto mojado.

Ricardo Sigifredo Rosero Bucheli
Puerto Salgar

Elegía del valle

Ven, acércate a este fuego,
entre flautas resonantes.
Aquí las sombras cambiantes
no extinguirán tu sosiego.
Baila conmigo y, ya luego,
deja que mi canto te hable
de una historia vieja y afable
sobre el ayer de esta tierra,
antes que la cruenta guerra
alzara su rojo sable.

Los valles no eran bañados
por los ríos bermellones,
ni flotaban pabellones
escarlatas o azulados;
y los campos agraciados
no guardaban calaveras:
solo las aves viajeras
el limpio cielo surcaban,
y arrozales germinaban
sobre vírgenes laderas.

Dime, mi amigo viajero:
¿por qué mis propios hermanos,
por montes y tibios llanos,
reos de un odio embustero,

al incendio traicionero
del conflicto se entregaron?
¿Cómo las villas quemaron
y, con sus lúgubres hoces,
cortaron gritos y voces
que el alba no vislumbraron?

Paul Sebastián Oviedo Ramírez
Cali

Aviones de papel

De pie contra la pared
el niño frota su avión
e imagina que volará alto
pero no como un F16.

Estira la mano
y lo lanza lejos,
no caen bombas;
esa noche el niño
podrá dormir sin miedo.

Andres David Rodríguez Ardíla
Galán

La cuchara

Precario poseedor
de reluciente cuchara
reposas, pasmado por el reflejo
del pesado cielo
que retorna las piedras
sobre tu cóncavo rostro
que alimenta la lástima
de quienes te vemos
como quien no tiene nombre,
yerto, después de mucho errar,
como si no pudiéramos
remover las piedras
que te cierran el mundo
donde miramos de perfil
el incansable hambre
que llena tu cuchara.

José Luis Rodríguez Erazo
Bogotá D.C.

Sobre aquella ciénaga

Sobre aquella ciénaga
esperaba a papá
cuando del monte salieron
cual aves de presa
cientos de ojos
y lo llevaron
quizás hasta el mar
sacándolo del ranchito
que con sus manos
que labraban tierra yerma
tanto le costó levantar.

Cada noche esperaba
en un valle seco
de ciénaga verde
algún mensaje,
augurio o señal
y a su alrededor
las manos invencibles
de esos vecinos
que sostenían velas
que iluminaban hasta el mar.

Sabían que ya papá
no estaba en la ciénaga
no estaba en el mar
pero ahí yacían junto a él
esperando a papá.

Jesús Miguel Mora Castro
Barrancabermeja

Encontrar una melodía

Sonidos extraños se acomodan
sobre las grietas aún reacias
a morir en el olvido
de esa casa.

Allí,
crujidos de madera
rechinan los siete días de la semana.

Son siete días
en que retazos de telas
revisten como fundas sus almohadas.

No es invierno,
pero copos de nieve
se posan sobre ellas cada noche
y se derriten al sol cada mañana.

Medito entonces
sobre la realidad cruda,

como el sartén a fuego lento
que alcanzo a divisar
desde la suavidad de mi rama.

La matemática no es universal:
solo contiene tres papas para seis.

Me esfuerzo, me esfuerzo
y escucho a lo lejos
un chillido,
parecido al del barranquero.

Son niños izando los cubiertos
entre sí
como señal de triunfo.

No se escucha queja
ni maldición alguna.

Son sonidos extraños
los que habitan las tablas
que juegan a ser
paredes blancas.

Soy el pájaro
que observa las ruinas
que me rodean.

Y, sin embargo,

de adentro hacia afuera
solo veo
libertad,
regocijo
y sentido vital.

De afuera hacia adentro,

en cambio,

todo parece
soledad,
tristeza y condena.

Solo ahora comprendo,
lo mucho que me han timado
y la ilusión atravesada tras
estas rejas.

Veo a los de la casa de madera
embalsamados
de dulzura
y gratitud.

Ojos distintos a los míos
me observan,
como el agua cuando
me inclino sobre ella.

Esbozan
una pequeña sonrisa
batida entre leche y café.

Los pájaros son ellos.

Y yo,

ya no sé quién soy.

Estefania Durango Nauffal
Sabaneta

¿Qué es el dolor?

[...] el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo"
César Vallejo.

Un hombre escuálido que llega con su guitarra
y sus pantalones andantes:
subidos más allá de su cintura,
dejan ver los talones desolados
y unos zapatos serios de señor.
Zapatos peleados con las medias
amarillentas, anchas y rotas.

¿Qué es el dolor?
Un hombre con su cara huesuda
y una mirada de hambre
y unos ojos de terrible melancolía.

¿Qué es el dolor?
Un deambulante que debe cambiar
una canción por algunas monedas.

Ha llovido durante toda la semana
en la ciudad de la canícula
y al hombre-dolor le ha costado dormir
porque para él no hay lugar donde
no se cuele el frío.

Yolanda Diaz Rosero
Neiva

Ay mis muertos

Dios me lo bendiga, mijo
adelgaza el susurro.
Debajo de sus uñas late
la búsqueda de las madres
que saben leer la tierra.

Dios me lo bendiga, mijo
derraman su fe
sobre la lenta descomposición
de un nuevo brote.

Tierra Maldita
llena de animales

sin rostro
sin labios

con la orfandad
pegada
a los huesos.

Tierra Prometida
sagrada:

los cuerpos abren los ojos
en las aguas violentas

que moldean las piedras.

Sueñan con hacer una madriguera
en el vientre de sus madres.
Un lugar al cual volver.

Nathali Miranda Sánchez
Bogotá



Crónica de una muerte intrascendente

Alcanzó el puesto de salud aquejada por dolores intestinales
punzantes como el hambre, agudos como sus quejidos afilados.
Pidió un turno. Su número en la pantalla se sentía inalcanzable.
Se sintió como un gorrión caído de su nido. Mal presagio, se dijo.
La sala de espera reverberaba entre murmullos y rezongos.
La sala se atestó de pacientes que proferían insultos y rogaban
atención.
Los pasillos, desbordados de lamentos, fueron un rumor creciente,
un monstruo colectivo aletargado, incapaz de levantarse.
De tanto escucharlo, el sonido de las ambulancias pasó a ser
decorativo.

Permaneció absorta en su propio dolor, partida por su agonía.
Alcanzó a distinguir que en ese recinto había luces macilentas,
hedor a clínica, lágrimas, fluidos y tristeza.
Algunas camillas lucían manos descolgadas, catéteres sin suero
y el vaho de la habitual desolación del siglo del fracaso.
Había seres de blanco que no oficiaban como ángeles.
Miraban pantallas, obviaban rostros y corrían como burócratas
del medicamento.
No había gentileza en ese mar de cuerpos a la deriva.

Se fue apagando en una silla plástica de respaldo tubular.
Vio borroneados los números de los turnos que no avanzaban.
Ni fuerzas le quedaron para gemir.
Por fin alguien le pidió el carnet de afiliación. No estaba vigente.
—Usted está en mora con el sistema, no podemos atenderla—
le dijeron.

Hablar habría sido como el canto de un ave en medio del tráfico atestado.

Su último pensamiento fue justiciero:
matar el sistema de salud.
Envenenarlo con fármacos y barbitúricos,
ahogarlo en compresas y formatos por rellenar.
Enterrar vivo al asesino.

Una última voz la sacudió, pero ya no era de este mundo.
“Que pase el siguiente”.

Enrique Patiño
Sagunto

Mi herencia

No me despojes de mi llanto,
es lo único que me queda.
No me arrebates mis venas,
que palpitan en mi tierra.

Si miro al cielo y te pienso,
no me abandones.
Si miro al frente y grito,
manifiéstate en mis árboles.

No te atrevas a mirarme,
si justo antes te burlaste.
No te atrevas a disculparte,
si es para olvidarme.

Mira mis pies descalzos,
el lodo me abraza.
Mira cómo te suplico,
con mi último aliento.

Mira mis manos,
pálpalas,
obsérvalas,
un color rojo vivo;

son mis hijos,
son mis padres,

son mis tíos,
mis hermanos,
mis abuelos,

es mi gente,
es mi vida,

es mi herencia.

Daniela Guevara Torres
Bogotá D.C.



Frágiles ojos abiertos

Por eso, cuantas veces se presta verdadera atención se destruye algo del mal que hay en uno mismo.
- Simone Weil

Escombros que se funden con el río,
espejo grisáceo que tiñe las nubes
sollozantes sobre mis curvas montañas.
Montañas rematadas con clavos capulines,
escapularios sepultados bajo el tiznado
aliento desolado del dolor.

Los ojos caedizos de las nubes
se ciernen sobre mí
y percuten, indescifrables,
el robusto urdimbre del corazón,
como quien se aflige por una presencia
expatriada de toda memoria.

Y cuando la lluvia se convierte en rostro,
el rostro en mugriento río,
el mugriento río en ceniza,
la ceniza en rostro
y el rostro en eterna soledad,
me vacío de mí mismo
para llenarme de tormento
ya otrora ajeno.

Muy atento dilato mis pupilas
por el largo y ancho de la media asta vítrea
de la bandera blanca, oración inefable
que cae por las fisuras
del cántaro telúrico
que ha olvidado hace tiempo,
exhausto,
el radical nombre de la compasión.

Me pregunto
luego de ver desconsolado,
el quebradizo desconsuelo, yermo
andar del vasto quebranto,
a qué sabrá el cielo sin estrellas
cuando las falaces nubes se hayan ido,
y resten ante mis ojos
bajo un lienzo sucio de orcela
los incendios de la Luna
sobre los suelos desnudos
de sensibles desencantos,
que me miran fijamente
habitar esta tierra, erosionada,
de irremediables cánticos de esperanza.

Juan Sebastián Restrepo Quiroz
Medellín

10082026

I

Lunes y cayó todo,
la loza y los relojes,
las mujeres y sus retratos.

Y no habrá nunca más:
escaleras de vidrio recién trapeadas,
ni patos,
ni paredes con estaturas en lápiz,
ni el neceser que guardaba
los billetes enrollados
junto al primer recorte de pelo de María.

II

Yo no sabía que la tierra podía gritar.
Yo no sabía que podía arrebatarme la historia del
tamaño de mis pasos,
y convulsionarse,
mordiéndose la lengua en un mar de saliva seca.
No sabía,
que me bautizaría como
una localizada,
con pérdida total.

Margarita Venegas
Bogotá D.C.

Muerte

No me queda más que la palabra,
condenada a la guillotina.
No me queda más que escoger
la hoja que corte mi cabeza.
Es esta.
Morir es un lujo
que no puedo darme.

Si ya has terminado
de decidir mi suerte,
devuélveme la moneda.
Puedes quedarte con mi sangre
para tus venas de cobalto.

No me asusta el cielo,
siempre fue mi techo.
Me dio agua,
me dio aire,
me dio vida.
Oferta lo que gustes,
subasta tu alma,
jamás lo tendrás.

Mis lágrimas son arena,
mis ojos cristal;
mi sudor es queroseno,
en mis dientes hay arcilla,
ya no hay zinc en mis huesos
ahora soy de bahareque,

pero mis nudillos
guardan mercurio.

Nunca busqué vencer,
busqué devolver
golpe por golpe.
Lo que compartimos
es dolor,
el mío morirá conmigo
el tuyo vivirá
cuando yo no esté.

Eduardo Enrique Mendoza Pontón
Soledad

También le crece la barba a una mujer después de morir

A todas las que regresan
sin permiso.

I

Paz.
Descanso.
El sueño de los vencidos:
tierra y barro apretados en las encías.

Miles de luciérnagas brillan de espanto
segundos antes de arrullar el cielo
con su desdichado canto,
un alguien apagándoles la garganta.

Paz.
Cadalso.
El amanecer canta por tercera vez
antes de abrasar mi nombre
que nunca hubiera sido dicho.

Estoy muerta, sí,
pero morí sonriendo hacia abajo,
con los dientes llenos de tierra.

Ya no hay umbral.
La jaula, al fin, es jaula.

Con un solo golpe la noche se cerró
sobre mis pechos desnudos,

y algo sin párpados, húmedo,
empezó a moverse en mi costado.

Es un conjuro al rojo vivo,
una cosa que insiste con mi voz,
aunque ya nada
pueda volver a pertenecerme.

Criatura frágil,
la que fui sin saberlo,
luz hecha con algo más que sangre,
de algo que todavía late
aunque no tenga nombre.

La tierra me descompone,
me abre, me separa en sílabas:
sal pegada al fuego,
rosario de costillas que alguien contó mal.

Líquida de hueso y sueño
transito por piedras sin memoria,
desciendo hasta la corteza:
hundirse
es volver a tocar lo que nunca dejó de estar.

¿Tal vez ya estaba muerta
antes de empezar este canto?

II

No hubo túnel.
Nadie vino.
Nada rompió el lodo.

Solo estaba yo
y la tierra mojada,
solo yo,
hasta el cuello hundida,
tragando frío.

Otro final:
feto invertido,
pantera de mudez
con la lengua enredada en obsidianas,
el grito aprendió a morderse.

Una cuerda fantasmal
todavía silba en mi garganta,
un hilo que no terminan de cortar.

Fui mujer alguna vez, sí.
Heroína no:
cuerpo abierto,
útero de sal que nunca pidió permiso.

Fui yerbatera,
la que bordó su nombre con dolor
en los muros del mercado,
la misma a la que apuñalaron
cuando ya nadie miraba.

Fui todas las que ardieron en la palabra.
No “mujeres del fuego”:
carne expuesta al incendio,
lenguas que no aprendieron a cerrarse,
voces que rompían algo cada vez que salían.

Me arrastraron por el sueño,
me guardaron en la caja sin cielo,
celda sin aire,
selva que mastica huesos despacio.

La patria, boca abajo,
es un animal que respira sangre,
un sabor espeso
pegado a la lengua de los vivos.

No sé por qué ni dónde caí.
Nadie me avisó.
De verdad no lo vi venir.

Yo hablaba de amor las tardes enteras,
regaba con lo que me quedaba del día
las flores del jardín,
eso bastaba.
Lo único que hice
fue mirar el mundo.

Entonces,
¿por qué matarme a mí?

III

Ya no soy yo:
soy el lugar donde la tierra se abre,
boca que no termina de cerrarse,
un punto de presión,
algo que empuja desde abajo
con paciencia de raíz.

La carne se apaga,
sí,
pero no se va:
se queda pegada a los nervios,
tirando de ellos,
hilos mojados.
Mi caparazón es banquete de insectos,
pero todavía guarda calor,
todavía algo ahí
se resiste a entregarse del todo.

Desde lejos me miro:
una grieta entre rocas,
un resto que respira
aunque ya no tenga pulmón.

Mis ojos no parpadean,
mi lengua es páramo abierto,
rajado,
mi voz
un lago que alguien dejó pudrir.

Las negras chocoanas
trenzan la barba del río
con manos que no olvidan,
con uñas que guardan tierra.

Madres encendidas por la ausencia
prenden fogatas
en las costillas de la montaña,
el fuego queriendo devolver
lo que falta.

El cóndor no rasga:
abre más el cielo,
lo empuja hacia arriba
con la lentitud de lo que pesa siglos.
Su sombra cae
y por un segundo
todo parece volver a su sitio,
pero no.

Soy agua subiendo por la raíz,
barro que intenta decir algo
y no alcanza,
semilla en la boca de una anciana
que mastica despacio
para no olvidar el sabor.

Soy la Montaña Negra,
empujando con uñas abiertas,
manos enterradas
que aún no sueltan el machete,
aunque ya no haya a quién cortar.

Soy eso que insiste,
aunque ya no tenga nombre.

IV

Aquí no hay cuerpo.
Solo una herida
que respira por turnos
bajo la costra del Magdalena.

Savia espesa.
Ceibas desangrándose.
Fusiles cubiertos de musgo,

la guerra aprendiendo
a quedarse quieta.

Los gusanos mueren de hambre.
No hay carne que ceder,
no hay tejido que responda,
solo raíz
buscando a ciegas,
solo señal,
algo vibrando bajo tierra,
un mensaje que no encuentra lengua.

Puro veneno acumulándose,
semillas de cal
hinchándose en la oscuridad,
esperando romper.

No hay marca.
No hay registro.
Nadie escribió esto.

Solo grieta.
Solo eco.
Solo repetición
de algo que no acaba de pasar.

Y en el fondo,
un latido terco,
golpeando sin ritmo,
diciendo en silencio:
nos seguimos moviendo.

V

Estamos vivas, sí,
pero no como antes,
no como esperan.

Un día alguien nos dirá sin saberlo,
nos llevará entre los dientes,
nos confundirá con saliva,
con polvo,
con algo que no acaba de irse.

En su garganta
pasará la arena de nuestras voces,
raspando,
dejando marca
aunque no la entienda.

Nos confundirá con árboles,
con corteza abierta,
con pétalos que sangran lento,
con restos que todavía guardan calor.

Nos llevará bajo la lengua,
quien esconde algo
que no quiere nombrar.

Ahí
empezamos de nuevo.

Polen de las ausentes,
espeso,
pegajoso,
materia que no se deja tragar del todo.

De esa masa
brotará el río,
no limpio,
no claro,
sino arrastrando todo lo que fuimos.

Y donde antes hubo sangre y piedra,
no habrá consuelo:
habrá acumulación,
presión,
algo reorganizándose a ciegas,
luz en puntos mínimos,
astillas encendidas,
formas que regresan
sin permiso,
al mismo tiempo,
sin haberse ido nunca.

Nicolas Gallego T.
Chía

Pobres y exiliados por la guerra.

I

Al mirar al cielo no se ve la luna
En esta noche tenebrosa, oscura;
Esos pasos raudos, cansados, firmes,
A colosos fieros hacia el frente empujan.

II

Ni pausa esperan, ni avizoran sueño,
la distancia es larga y en el alma añoran,
firmes como aquel que cargó su leño;
socorrer a hermanos que auxilio imploran.

III

Fresca lluvia cae y el calor se merma,
al caminar sombríos los pies se hunden,
mosquitos y estío al avanzar se funden
y la noche ya se presiente eterna.

IV

De pronto zumban sus mortales balas,
Y explotan cerca endemoniadas bombas,
batiendo la muerte derruidas alas;
pobres hijos cubre con sus feas sombras.

V

Algunos caídos, hermanos de armas,
y sollozos se oyen a lo lejos, cerca;
se ven heridos, pero sin alarmas
probable sí, con la esperanza yerta.

VI

Ávol cobarde, agazapado observa
las zarpas que con inquina entierra;
y en penumbra sus estertores merma,
a aquellos héroes que forjó la guerra.

VII

Ya el respaldo busca encontrar con ansias,
aquellos rostros que el dolor reflejan;
e ir por todos sin importar distancias,
que los caídos, atrás no se dejan.

VIII

De pronto en medio de la gran contienda,
el valiente hombre que uniforme viste;
la misma vida, a su fe encomienda
y cara a cara al vil artero embiste.

IX

Ahora con gran arrojo y total firmeza,
victorioso grita y con la certeza,
de que el mal vencido en la aurora encuentra
la suma toda de sus desvergüenzas.

X

Sublimes ahora en el horizonte rugen,
negros halcones que al llegar rescatan;
gigantes bravos que a la patria cumplen
y por esta vez de la muerte escapan.

XI

Ahora en el campo la soledad sienten,
Francisco y María, confundidos, lloran;
el rancho y arado parecen que mienten,
la guerra ha traído lo que ellos ignoran.

XII

El exilio por guerra no tiene piedad;
no esperan auxilio ni se ve otra opción.
cogen camino para la gran ciudad,
la pobreza muda como el camaleón.

Javier Alexander Rodriguez David
Abu Dhabi

Elegía

En estas calles sin alma,
se esconde el delirio cotidiano de infinitos cuerpos,
con sus voces ahogadas en el ruido de los autos
Y sus sueños estampados contra el pavimento.
En estas calles pintadas de rojo no germinan árboles sino ausencias.
Un eco ininterrumpido habita las casas, los vientres...
Se inventan vidas que no se cuentan.

Dayana Gregoria Ruíz Argel
Sincelejo

Íntimas picoteras

Frente a esta casa pasaban
el leproso con su pañuelo
de íntima congoja
y el cotero pobre hace tres siglos
y la epiléptica
asediada por una jauría de niños
que se burlaban de ella
y llegaba la muchacha abandonada
en la estación de Bosconia
bizca y retrechera
como una perra de monte
y Natividad, coja y mendiga
a cuya soledad, como en una canción terrible
de trigo y luna puso la siesta un niño.

Y bajaban los matarifes
con sus heridas palpitantes
y subían las queridas
malvadas
enamoradas
con el cuello empolvado
y el vendedor de jaulas
infantil y macabro
y los fruteros de la Isla

maricones como yo
y el ciego y su lazarillo
que dejaban en la puerta
sus siluetas de oprobio.

Para cada uno de nosotros
El Violento tenía una canción
cuando de noche libraba en la kz
su potente onda que latía
al mismo ritmo del corazón.

Luis Elías Calderón Moreno
Santa Ana

Tiempos de lluvia

La canoa avanza ciega
sobre el agua turbia.

De la punta cuelga la cadena
que se arrastra en lo profundo.

Los peces que por allí también son arrastrados
saltan dentro
y otros se esconden en las palizadas
que flotan como pequeñas islas.

Mas al día siguiente
cuando el barquero venga a su encuentro
dirán las garzas:
—Vino la creciente y se la llevó.

Lenin Jhoan Diaz Tello
Mocoa



Luna

A los siete años
dejó de dormir con las piernas descubiertas.

Nadie preguntó.

Afuera, la guerra
se llevaba hombres,
cerraba caminos,
dejaba madres esperando
un regreso que no llegaba.

Adentro,
una puerta cerrada
bastaba para que el miedo
volviera a tener nombre.

Ella no sabía decir abuso.

Sabía, apenas,
que su cuerpo había dejado de ser casa.

Tenía hambre.

De pan.

De brazos.

De alguien que mirara sus ojos
y entendiera que el silencio
también pide auxilio.

Pero en aquella casa
hasta las preguntas escaseaban.

Y creció.

Con el hambre.

Con el silencio.

Con una culpa
que alguien puso en sus manos
y que ella creyó suya.

A los catorce
pensó en desaparecer.

No quería morir.

Quería que dejara de llorar
la niña que llevaba dentro.

Después buscó calor
en cuerpos que no sabían abrazar.

Confundió el deseo con el amor,
la compañía con el refugio,
la noche con la libertad.

Y cada mañana
se encontraba un poco más lejos
de sí misma.

Hasta que alguien se quedó.

No llegó a salvarla.

No le pidió olvidar.

Se sentó junto a su silencio
y no se fue.

A veces la solidaridad
cabe en dos palabras:

aquí estoy.

Entonces regresó por la niña.

La encontró donde la había dejado:

siete años,
las rodillas contra el pecho,
la culpa entre las manos.

La adulta se arrodilló.

No tuvo respuestas.

Solo una verdad:

no fue tu culpa.

La niña lloró.

Y por primera vez
nadie le pidió que dejara de hacerlo.

Desde entonces comprendió
que la guerra no termina
cuando callan los fusiles.

A veces se queda
en una puerta que se cierra,
en una cama,
en el cuerpo,
en la dificultad de confiar
cuando alguien dice
“te quiero”.

Comprendió también
que la pobreza
no siempre deja la mesa vacía.

A veces deja vacío
el lugar donde una niña
debería aprender
que merece ser cuidada.

Pero no heredó el daño.

Tomó lo que quisieron romper
y decidió no romper a nadie con ello.

Hoy abre la ventana
cuando llega la noche.

La oscuridad sigue allí.

No es ella.

Pero tampoco la niega.

La lleva.

Como la piel lleva
las cicatrices que no escogió.
Como el corazón lleva
los nombres que no olvida.

Entonces entiende su nombre.

La luna no pertenece a la noche.

La atraviesa.

Y quizá sobrevivir sea eso:

seguir siendo luz
sin negar la oscuridad
que también nos hizo.

Ella tenía siete años
cuando el mundo le enseñó
que podía perderlo todo.

Le tomó una vida descubrir
que había algo
que nadie podía quitarle:

la decisión
de quedarse.

Luna.

Yeslin Carolina Diaz Bolaño
Ipiales



Corazones de cristal

La tierra se partió sin consultar los decretos.

Bajo el adobe quebrado, el silencio no fue metáfora:

fue una madre buscando una cuchara,
un zapato de niño sin su pie,
el polvo reemplazando la hilera de casas.

No importa.

Las corbatas llegaron, opacando la luz del sol
en aquellos ojos lagañosos de lágrimas y tierra.

Con esferas cosidas de hule, intercambiaron el olor
del concreto destruido por el aroma del plástico nuevo.

¿Tal vez dentro de estas ofrendas se encuentre
el aire de esperanza para los estómagos
que aprendieron a masticar ceniza?

En las montañas de escombros
se redactan memorias urgentes.

El gobernante tiene que verse presente, para ajustar
cuentas con sus sombras, mientras los muertos
todavía conservan la temperatura del desastre
y los visitantes quieren calentar su ego virtual.

Afuera, en el territorio limpio del cristal,
el dolor se fragmenta en impulsos eléctricos.

Dedos tibios tocan un corazón digital
y dan por cumplida la vigilia.

El altar de bolsillo pesa las lágrimas,
convierte el luto en tráfico, la intemperie
en contenido.

Un millón de luces parpadean en la noche;
ninguna abriga la espalda del anciano
que desentierra una olla con las uñas,
buscando a quien, hace unas horas,
le preparaba ese elixir mágico
para el despertar de la ciudad.

¡No importa!

Pareciera que la compasión ahora cabe
en una pantalla que se apaga.

Pero queda el polvo.

Y el polvo no sabe de visitas,
ni de focos, ni de comentarios.

Queda el anciano.
Queda la olla.
Queda el zapato sin su pie.

Y cuando el día vuelve a recordarlo todo,
las tripas ya olvidaron el hambre
y la piel el frío, solo basta deslizar
sobre ese cristal místico de luz
para que el verdadero corazón
no tenga tiempo procesar.

Elvis Andrés Palacio Ruano
Pasto



Argelia Cauca 26.2

Nos preguntamos
por el temblor de las manos
empuñando las armas de la guerra;
¿tus manos no tiemblan?
nos preguntamos
por el temblor de los corazones
perdiendo la guerra
sin empuñar sus armas
o empuñando las nuestras;
¿tu corazón no tiembla?
es nuestro temblor
el mismo temblor de las armas
al disparar sus balas;
no, no lo es.
ni nuestras manos
ni nuestros corazones
tiemblan como tiemblan
las armas de la guerra;
es el temblor del miedo,
es el temblor del frío,
es el temblor
del colibrí Zamarrito
temblando solitario
cuando llueve
en la Serranía del Pinche,
cuando llueve una balacera
como un aguacero desconocido;
es el temblor
de la respiración de lo vivo
cuando el pecho se va acercando

al inmóvil frío de la muerte,
y prefiere su silencio
a este mundo de los vivos
sembrando en el corazón
claveles negros.

Juan Carlos García Bustos
San Agustín

La tierra tiene memoria

La tierra gime, gime de dolor.
Y mientras se abren sus entrañas, da a luz un recuerdo.
Nace polvoriento el ayer, conectado por el cordón de la esperanza.
Se divisa, aunque borrosa, una mano laboriosa, ya desgastada por la siembra y la cosecha;
y otra mano delicada que sostiene y que alienta.
Se ven también los zapaticos azules de una niña que camina entre veredas a su escuela,
y los tiernos ojos de un niño que juega con sus amigos entre los barriales de la gran montaña.

El recuerdo echa raíces.

Pero la tierra sufre; no ha parado de gemir.
El reloj no se detiene. El tiempo se ha prolongado.
Es la agonía del vacío que su gente le ha dejado,
porque a todos a la fuerza los sacaron.
Y se niega a olvidarlos, aunque estos ya no van a volver.

La tierra tiene memoria,
y enlutada por sus hijos se estremece.

Porque los han esparcido, porque se marcharon con sus niños, los que ella deseaba ver en sus laderas crecer.
Por eso llora y se humedecen sus rocas.
Porque ahora llaman tierra de oportunidad a una tierra lejana, que al sudor de su frente

reclama a un trabajo muy difícil que deja cicatrices.
Grietas en manos y pies.

La tierra entre recuerdos implora por aquellos que están
lejos de casa.
Porque sabe que entre noches de desvelo sus hijos la
recuerdan:
el olor de las montañas, el chocolate caliente y el rocío
de las plantas.

Mientras ellos prosiguen en su peregrinaje, entienden
que la vida no es la misma, porque
debieron comprender que salían, que se iban, con
maletas, dejando a Matilde, su perrita de pelo gris.

Y tampoco cupo en el equipaje el pocillo favorito, de
mariposa monarca, hecho de barro.
Solo hubo espacio para la congoja que pesa una
tonelada.
No, no logran digerir, lo que se ha quedado atrás.
Tienen un nudo en la garganta que aprieta, que ahoga,
y se preguntan:
¿Cómo es el clima aquí? ¿Las palabras no son esas?
¿De tú o de usted?
Caminan, porque deben, pero sienten que han llegado a
un lugar al que no pertenecen.

Llaman casa a un apartamento de cuatro paredes,
desgastado y apretado para la extensa
familia, que ha encontrado el cuadro de una montaña y
lo ha colgado en la cocina,
para mirarlo cada vez que, en la noche fría, una lágrima
se avecina.

Pero lo que no sabían es que había más como ellos,
y en la noche se ha prendido una luz a lo lejos, que ha venido a
tocar a sus puertas.

La ciudad es fría, pero su gente parece no serlo,
pues han venido los vecinos a verlos y darles la bienvenida,
a compartir un poco de aguapanela y tinto con pan.

La familia se percata de que, aunque lejos de casa, han creado
una nueva vida en comunidad.

Pasan los días como rayos, la ciudad desenfrenada, todos se ven
apurados, pero los niños, como con todo, se adaptan:
ahora corren entre grandes edificios, ya no se ensucian de barro
los tobillos, poco a poco van tomando el ritmo del nuevo lugar.

Aún en las noches se sientan alrededor de la mesa, ven el
cuadro de la montaña y agradecen
por lo que dejaron atrás.

Esa montaña dibujada en óleo verde no se asemeja al paisaje
real.
Pero les sostiene en su lejano andar.

La tierra tiene memoria,
y como una madre no olvida,
desde lejos acompaña y guía.

Mientras les dice: ¡sigan!
Se va volviendo un recuerdo la agonía,
y el sol que se avecina contará la maravilla de la oportunidad.

Valentina Libreros Negro
Coyoacán

Brote Nocturno

Nací en una tierra robada.
Con barro en la ventana,
calles anfibias me miraron.
Los puentes que inventé, de cáscara de huevo,
se rompieron.
Los que hice con tiza se han borrado
es difusa la otra orilla donde está el mar.
Aquí estoy yo, en plural,
mirando la puerta duplicarse en el suelo
y duele algo,
como si a las calles también
les dolieran nuestros pasos.
Y ese dolor se acumula en las terrazas,
en las esquinas,
se evapora y se respira después.
Contamos los que se han ido
y, sobre todo, los que quedan.
Dos fuerzas tiran de mí,
cada una ha tomado una parte de mi sombra
nos visita cada día
una esperanza sin plumas.
Dañada.
Irme no era un deseo del corazón,
sino del estómago.
En esta habitación compartida que aún existe,
vivimos y soñamos vivir en algún mundo lejano
donde el suelo acepte la caligrafía del juego,
correr sea para descubrir el escondite,

quizá el umbral de la puerta
sea un espacio para medir el tiempo
y se desdibuje el paradero de la muerte,
ese sitio donde sin saberlo despedí a tantos amigos.
Cada noche vuelvo a mi lugar.
Diminutas luces con alas se mueven en el aire oscuro.
Invocan la patria perdida.
Pertenezco. Mi cara tiene la forma del sol.
Debajo de este cielo he sido inventada junto con Dios
en este preciso momento se ha borrado una línea
volvemos a estar todos completos
al menos hasta que amanezca.

Verena Andrea Arroyo
Cartagena

Lo que cabe en una olla

En la esquina de la ladera
doña Rosa puso una olla
que no era suya
y empezó a echarle
lo que no tenía.

Dos papas del vecino,
un hueso que la carnicería regalaba
para el perro que nadie tiene,
la yuca que se cayó del camión
y alguien recogió sin que fuera robo,
un puñado de arroz
que guardaba para el domingo.

Nadie preguntó cuánto había.
Preguntaron cuántos venían.

Y venían.

Venía el que carga ladrillos
y esa semana no cargó nada.
Venía la muchacha con el bebé
que ya sabe no llorar.
Venía el viejo del reciclaje
con las manos como cartón mojado.
Venía el que no habla,
al que llaman el Mudo
y no es mudo:
es que ya lo dijo todo
y nadie escuchó.

Doña Rosa revolvía
con una cuchara de palo
más vieja que la casa,
y el humo subía por la ladera
como si avisara a los de arriba,
a los de la ciudad,
a los que miran el cerro
desde el vidrio de un carro
y ven barrio
y no ven gente.

Lo que cabe en una olla
no se mide en litros.
Se mide en el rato
en que nadie tiene que pedir.

Yo llegué tarde ese día.
Llegué con la cara de quien viene a ayudar,
que es una cara muy fea
cuando uno la ve desde el otro lado.

Doña Rosa me miró
como se mira a un niño que trae una flor
arrancada del jardín ajeno,
me puso un plato en la mano
y me dijo: siéntese.

No ayude.
Siéntese.

Ahí entendí
que la compasión no se da:
se recibe.
Que uno no baja a la ladera

a repartir nada.
Uno sube
a que lo dejen sentarse.

La pobreza ya había hecho su trabajo:
les había quitado la luz,
el agua tres días a la semana,
la puerta que cerraba,
el sueño que no despierta a las tres,
el derecho a decir mañana
sin miedo.

Pero no había podido con la olla.

Porque la olla no era de nadie
y por eso era de todos,
y lo que es de todos
no se puede embargar,
no se puede desalojar,
no cabe en una factura.

Cuando se acabó la sopa
quedó el fondo,
esa costra oscura
que las cucharas raspan
buscando lo que ya no hay.

Doña Rosa lo miró
y dijo, sin mirarme:
mañana hay que conseguir más.

Y ese hay que
no era una queja.
Era un país
que se ordenaba a sí mismo
seguir existiendo.
Yo bajé la ladera con el plato vacío.
Nunca he cargado nada
tan lleno.

Diego Andrés Castellanos Rodriguéz
Bogotá D.C.

Caloto

Dos y cuarto de la madrugada
de nuevo los graznidos de metralla,
las horribles noches no cesaban.
Sin contemplar el vuelo de las mirlas;
sí de dientes y pieles cercenadas.
Párpados púrpuras convulsivos,
no mirar...silenciar hasta los átomos.
Recógete mi niño;
el pan ya está bajo la cama,
¡Ni la sombra de un pulgar,
ni un sollozo que nos matan!
Sin cuajo que valga
la sangre se vierte en los abismos,
sin fajas que los retengan
los filetes en estampida.
La brisa no ronda en los cafetales;
menos roza las cicatrices.
Abuela tú piel me hablaba
del tiempo
sólo del tiempo
y no de este terror suspendido.
¡Tus canas para la gloria
nunca como cenizas de guerra!...
¿Es baba del caracol o son tus lágrimas en la tierra?

Luis Alejandro Cortés Amado
Bogotá D.C.

Líbranos de la sal

Me mandaban por la sal.

—Vaya donde la vecina.

Una puerta se abría,
otra voz preguntaba,
la sal cambiaba de casa,
y yo volvía con un poco de todas.

En una puerta me dan sal.
En una puerta me dan plátanos.
En una puerta una libra de arroz.

Ahora vivo en la capital.

Aquí la sal no se presta.
Se compra,
se empaca,
se entrega,
y se deja frente a la puerta.

Para pedir sal
necesito un teléfono.

La sal llega a la portería.

El domiciliario se va.

Yo subo sola.

Quizá la pobreza sea esto:

tener sal en todas las casas
y no tener
a quién pedírsela.

Lizeth Natalia Gutiérrez Ortiz
Bogotá D.C.

No Sapiens

I. Descalzos en la galería

Desciende una cascada
por los muros del museo,
madre e hija se quitan los zapatos,
los pies libres contra la pared.

La proyección humedece sus dedos.
Salpican risas,
inauguran geografías,
sombras en aula de ballet.

No se preguntan
por las riquezas del océano;
escuchan la democracia del agua
mientras ahorran para llegar al mar.

II. El embolador en la biblioteca

Llega apresurado
camino a la dignidad,
se lava las manos
hasta que el betún
deja de ser noche.

Pies a paso
paso a pies,
se evapora feliz
con la única familia
que le restituye sonrisas:
centinelas,
conserjes.

Lo saben todos:
las manos que ahora
escudriñan páginas del diario,
a diario lustran zapatos.

Escarba, como cada día, los sucesos:
semáforos donde envejece la infancia,
prodigio en las manos que comparten alimento,
barrios donde el invierno
inunda hasta los silencios.

Susurra, como cada día, su credo:
"Desempleo, desidia, desinformación.
Los periodistas nunca preguntan
de qué viven todas esas manos.
La avaricia tejida con ostentación
saquea lo humano
y destierra la compasión",
cierra el periódico.
Se abre el país,
una estría ecuatorial:
unos vacacionan en la
indolencia,
otros vocacionan en la
bondad

III. El performance de la fe

Transeúntes estáticos,
frente al albo cuerpo,
mujer desnuda bajo un manto
convulsiona en el capullo,
oruga que lame sus traumas.

Crecen gemelos en el vientre:
cultivos y sequías;
le atraviesa el esqueleto,
un bosque de luciérnagas sin luz.

Un cólico asciende
donde las ilusiones
son emperatrices,
liturgia para parir hijos.

Hay libros corroídos
con la amargura
de una matriz prematura,
bajo ajenos deseos:
se d e s a n g r a.

La fe comienza su espectáculo:
promete dicha,
¿eterna?
eterna,
sin cuerpo,
sin sangre,
sin hambre,
Ta - la - dran - a - la - ban - zas.

IV. Hip hop en TransMilenio

El niño pide pan.
El padre pide trabajo.
El dueño humilla.
El hijo del dueño
tira el pan.

V. Poema del Hombre Sapiente

La lucidez a tropiezos,
entre ensayos de vidrio,
la congoja en embudos
envidia los virus,
indemnes a lo humano.

El tímpano se estremece
ante relámpagos de fanatismo,
cual dardos hipnóticos;
sílabas métricas
buscan sonetos,
dislocadas entre pandillas.

Sapiens en jaulas virtuales,
la boca amnésica del amor,
embelesada con la barbarie,
bomba dulcísima de ambición.

Nos aclamamos sabios,
mientras la tierra envejece:
ríos flotando en fiebre,
árboles flemáticos,
glaciares bulímicos,
arrecifes mareados,
todos, escurriendo petróleo.
Pobres plantas y animales
que nos comparten el suelo.

VI. Luces en la Sala Capital

La vida no es bella,
pero cuando terminas de ver
La vida es bella,
entonces es...
¡bellísima!

VII. El almuerzo de los pobres

Un joven demasiado lleno de mundo
se detuvo frente al cuadro.
Algo en aquella mesa
engulló su aliento.

Traslúcidas sombras,
horizonte de sucesos
consumidos en un respiro.

La acuarela musitaba...
devorando el tiempo,
la indolencia,
los años de abundancia.

Quedó opulentamente vacío
ante trece comensales
sin ración, sin vino,
tan solo colores y sabor a tierra.

¿Acaso bebían agua?
A lo sumo aguapanela.
Por primera vez,
la sed lo arañó.

Débora había dejado servida
la pobreza,
infernalmente hermosa,
a la intemperie de la humanidad.

VIII. La muerte en exposición fotográfica

Se arrastra el mono erguido
frente al arte de luz,
trasluce en papel
el goteo sutil de una estrella.

En la pupila
nace nueva piel.

Respiros se descuelgan,
sonámbulos transitan
hasta el mural de la fortuna:
la muerte,
¡caricia de igualdad!

Martha Cano Albornoz
Bogotá D.C.

El lugar donde la tierra recuerda

El río se desbordó durante tres días enteros
y al cuarto amaneció con los nombres de los
desaparecidos
escritos en la espuma.
Nadie se atrevió a borrarlos.
El agua los paseó de patio en patio,
como si quisiera entregarle a cada madre
la parte de dolor que le tocaba.
Desde entonces, la corriente duerme de pie.
Mueve las piedras a medianoche,
toca la madera con nudillos de cieno
y llama a las puertas con paciencia.
En este rincón del Caribe la tierra guarda silencio:
guarda el soplo de los muertos bajo los almendros,
la sal de las despedidas en los aljibes
y el perfume de lluvias que cayeron en otro siglo.
En la ciénaga, al amanecer,
los peces flotan boca arriba con los ojos llenos de tierra
y los mangles caminan tierra adentro llorando sal.
Aquí hasta el sol tiene una memoria obstinada.
Se ensaña contra los techos de zinc
hasta derretir las sombras.
En el pueblo, la sombra empezó a irse por los que
menos tenían:
se les fue desprendiendo de los talones
hasta dejarlos caminando al mediodía como
fantasmas de cal.
Luego se extraviaron las cosas sencillas.
La palabra hambre perdió la lengua.
La palabra miedo se acomodó a vivir bajo las camas.

Y la palabra regreso se sentó a envejecer
en una estación de trenes que jamás fue construida.
Un territorio no se pierde solo en los mapas;
se pierde cuando la ciénaga se vuelve vidrio,
cuando el monte retrocede diez leguas por noche
y las casas se quedan en pie sin acordarse de quién
las habitó.
Hay pueblos que caminan cargando sus patios en el
bolsillo,
con el barro de la huida pegado en los dobladillos.
Pero el territorio no olvida.
Debajo del salitre duerme la primera gota.
Debajo de las tablas laten raíces de guayacán
que recuerdan el camino exacto hacia el monte.
Por eso, cuando el viento del mar cruza los cañaduzales,
las puertas atascadas se abren sin que nadie las toque.
No entra la gente: entra la llovizna de antaño,
entra el rumor de las garzas,
y las casas vacías recobran, de golpe, su sombra.
Mientras el río guarde un pez bajo el barro
y una semilla insista en romper las grietas de la sequía,
nadie podrá decir que todo se ha perdido.
La tierra recuerda.
Y cuando recuerda demasiado,
el río desborda los márgenes
hasta devolverle a la gente
el mapa exacto de su casa.

Katherin Bayona Pérez
Pueblo Bello

Dos pasos

Sin candado
está sellada.
Los aromas se filtran.
Espera.

Hace de sus piernas
un columpio.
De sus manos
un nudo.
Lo aprieta.

Se convierte
en deseo
que reposa.

Choca con su piel.

Recorre
cada centímetro.
Su mirada.

Escucha pasos.
El hijo del dueño.

Su mano
abre la puerta.

El frío la alcanza.

El sabor
atraviesa el aire.

Llega a su boca.

Se saborea.
Limón cremoso.

Escucha
el rugir
de su estómago.
Clava sus ojos
en el suelo.
El columpio se detiene.
En su hombro
un toque.
Una golosina
emerge
de un delantal blanco.
Es su madre.

Su lengua dulce
no sabe a helado,
tampoco a limón.

Observa la nevera.
Está a solo dos pasos.

Se graba en sus huesos
como un cerrojo.
No posee la llave.

Diana Carolina Martínez Ibáñez
Bogotá D.C.

Nunca fuimos pobres

Nos sacaron una noche.
No hubo tiempo para despedidas,
solo el miedo empujándonos la espalda
y la vida reducida
a lo que cabía en las manos.
Mi padre se fue primero,
huyendo de una muerte anunciada,
y mi madre,
con cuatro hijos aferrados a sus piernas,
aprendió que también se sobrevive corriendo.
La casa quedó atrás,
con los sueños colgados en las paredes
y los recuerdos respirando polvo.
Llegamos a otro lugar,
donde las puertas no se abrían,
se cerraban antes de tocarlas.
Allí entendimos
que la pobreza no era no tener,
sino la forma en que te miran.
o cómo te dejan de mirar.
Seis en dos cuartos.
El espacio justo
para que no se rompiera la esperanza.
Y aun así,
éramos felices.
Porque el amor no necesita metros,
y la risa sabe crecer en lo poco.
Mientras tanto,
había mesas llenas
donde el pan no sabía a nada,

y ojos llenos incapaces de vernos.
Hubo días en que la comida
era apenas un intento:
aguapanela y un plátano maduro
partido con precisión de milagro.
Y aun así,
mi padre le cerraba la puerta al hambre
antes de que entrara.
Una vez pidió ayuda
no dijo mucho
a veces la necesidad
no sabe hablar fuerte.
Le dijeron que no
que éramos ricos
y el pan
el mismo que nos faltaba
terminó en manos
que no conocían el vacío.
Qué fácil es dar
cuando no se da lo propio.
El mundo insistía
en dejarnos sin nada,
en borrarnos,
en llamarnos menos.
Pero nunca pudo.
Nunca fuimos pobres.
No en lo que importa.
Después, la tierra habló.
Y cuando la tierra habla,
todo lo demás calla.
Se llevó lo poco,
lo mucho,
lo que costó años levantar.
Otra vez a empezar.

Y otra vez las voces:
como piedras lanzadas sin rostro.
Pero aquí seguimos.
Con las manos vacías,
sí, pero el alma intacta.
Capaces de partir un plato
aunque duela,
de ofrecer calor
aunque falte,
de sostenernos
cuando todo se cae.
Porque hay pobrezas
que no viven en los bolsillos,
sino en el pecho que no comparte,
en la mirada que desprecia,
en el corazón que nunca aprendió a dar.
Ellos lo tienen todo
y les falta lo único que importa.
Nosotros lo perdimos todo
menos la forma de amarnos
como si el mundo nunca
hubiera logrado rompernos.

Yenniffer Tatiana Cuellar Tafur
Florida

Lo que queda

Mira hacia la sala.
En la nevera
quedan los dibujos de su hija.

Cierra el portón blanco.
Da vuelta a la llave
atada a una lana.

La mira
y se la cuelga del cuello.

Aprieta una bolsa negra.

Dentro, dos mudas de ropa
y una fotografía:
su madre, sus hermanas,
un perro con una pelota entre los dientes.

Todos ríen.
Ella también.

El abuelo camina junto a la mujer y la niña.
Aprieta una Biblia
que empieza a despastarse.

Entre sus páginas,
una dedicatoria:

Como muestra de nuestra fe, te amo.

La niña parece ir de paseo.
Lleva su muñeca,
de pelo pintado con marcadores
y uñas de esfero rojo.

Una media sin par
acompaña uno de sus brazos.

Al pasar frente a un ventanal,
la niña se detiene.

Del otro lado,
un hombre bebe café,
el teléfono entre sus manos.

En el plato,
una galleta.

La niña la mira.

El hombre levanta los ojos
y encuentra los de ella.

Ella sonríe.

Él baja la mirada,
toma su teléfono
y se levanta.

La galleta queda sobre el plato.

La niña vuelve junto a su madre.
La familia se aleja,
sin mirar atrás.

Luisa Fernanda
Bogotá D.C.

Ofrenda mínima para un hombre de ocho años

Apenas ocho agostos sobre sus huesos pequeños,
y una carga de siglos aplastando el pensamiento.
Despierta antes del alba con el miedo de la renta,
mientras la gran ciudad ignora su tormenta.
Ocho años y la vida convertida en un desastre,
sin refugio de madre, sin un padre que lo abrace.

La avenida Caracas lo devora sin clemencia,
donde es un hombre de golpes de urgencia,
que poco a poco va en decadencia.
Nadie mira esas manitas que arrastran una carretilla,
Ni el hambre que lo empuja por la fría alcantarilla.
Busca entre los despojos, con la sombra de un peluche,
un mendrugo de carne con el que la muerte luche.

Por la noche, pasa el viento cortante por su frágil cambuchito,
donde tiembla abrazando a su perro, a su Ponchito.
Un animal de humo, un refugio de la mente,
porque el frio es tan hondo que congela lo presente.
Este niñito de ocho añitos,
vive en la trinchera de un delirio constante,
buscando un poco de paz en medio del espante.

El frio de pronto se detiene en su pecho,
mientras busca en la nada el calor de su lecho.
Ya no pesan los años, ni la inmensa penuria,
ni el viento que brama con su eterna furia.
Se desploma la infancia sobre el gris pavimento,

entregando su cuerpo al rigor del viento.

No hubo manos amigas que templaran su suela,
ni una voz que curara la profunda secuela.

Quedó sola en la esquina la triste carretilla,
testigo muda y fría de una baraja rota,
donde la indiferencia fue la última gota.

Dime, oh cruel avenida, que sentiste su partida,
¿cómo cabe tanta muerte en una sola y corta vida?

Ingrid Sabrina Trujillo Portilla
Bogotá D.C.

Abuela, ¿por qué remiendas tanto esa camisa si ya está vieja?

Cada mañana,
mi abuela despertaba por su tinto,
pero también cosía
una camisa vieja y rota.

Era la aguja y el hilo
su fiel compañía,
y con embeleso
olvidaba la monotonía.

Abuela, no entiendo tu fijación,

solía decir,
pero cómo entender
lo inefable que era coser,
pues cada zurcido
le devolvía su razón de ser.

Y quién podía saber
que cada puntada era un latido retenido,
que solo anudaba el tiempo
del cuerpo que más había querido.

Abuela, ¿por qué remiendas tanto esa camisa si ya está vieja?,
preguntaba,
pero tarde entendí que algunas telas
aprenden a respirar
aun estando reparadas.

Los agujeros no iniciaban en la tela
sino en el alma de mi abuela,
por eso la aguja cerraba la herida
de lo que en la tierra se daba por despedida.

Mientras cosía un botón
la camisa se convertía en un perenne,
testigo de la ausencia
que el corazón de la madre aún comprende.

Los ojos externos llamaban pobreza
a lo que mi abuela se negaba botar,
ella, en cambio,
lo llamaba esperar.

Y ahora que ya no hay un tinto por hacer
y una camisa por coser,
supe que mi abuela solo reparaba
los días que le quedaban
en esta tierra cansada.

Mariana Torres Mancera
Bogotá D.C.

Números

En algún lugar
de la ciudad
del monte
o la manigua
alguien muere.

El olor
de la pólvora y el hierro
se funden
con un golpe seco.

Los nombres
se evaporan
en números
y números
y más números.

Entre el barro
de rodillas
encima de una caja de madera
alguien llora.

En una casa
alguien apaga
una bombilla tenue
ese alguien
se acuesta con un nombre
y amanece
siendo un número.

Edgar Eduardo Pulido García
Pereira

La camisa blanca

No avisaron
que anteanoche
usted se fue.

La yegua llegó sudorosa.

Pregunté
y dijeron que no sabían,
solo que no despertó
para ir a la finca
del patrón.

Otro arrancará los copos blancos.

No probé
el sancocho de gallina;
opté por
el ardor de un ron
en la garganta
mientras observaba
por la mirilla del féretro
la camisa blanca que le engalanaba.

La banda
soplaba su repertorio
de gaitas.

Se bailó hasta la madrugada.

Qué bueno morir así
—me susurró al oído
su mujer—.

Hernando Cardozo Luna
Bogotá D.C.

Portarse bien

Cuando el hambre se hizo
certeza de la muerte,
mamá me despertó temprano
y me pidió que me bañara.
Me pintó los labios de rojo,
el borde de los ojos de negro.
Me cepilló las pestañas
con una escobita pequeña
hasta dejarlas tiesas.
Me puso una falda corta
y un suéter.
No me dejó usar cucos.
Tampoco blusa. Tampoco brasier.

—Si te portas bien
te compro una chocolatina —prometió.

Cuando llegamos a la calle del comercio
vi carritos de tinto y aguas aromáticas;
indígenas que ponían a la venta
el resumen de sus historias,
materializado en mochilas y sacos de lana;
vendedores de todos los pedacitos de mundo
que la gente quiere comprar.
Olí con dolor los chicharrones y la lechona.

—Ábrete el suéter
y deja que te vean el pecho —me ordenó.

Con el desaliento del hambre
caminé entre las casetas de vendedores
ya sin pena, solo con frío.
Mamá avanzaba detrás de mí
como una gata cuidando a su presa.
La gente me miraba
Del modo que se mira algo dañado.

Tres billetes de diez mil,
entregados por un viejo
al que la boca le olía a ají,
compraron los restos de mí.

Cuando el hambre se apagó,
otro vacío apareció:
el frío se convirtió en vergüenza.
La vergüenza
es un frío que no cesa.

Julipan Andrés Torres Herrán
Florencia

Préstamos fáciles

¿Quién no podría ser feliz en la Costa
sí se puede ver el mar todos los días?

MUJER DEL INTERIOR

Es una locura querer lanzarse desde este edificio.

La vista el mar el metal y la niebla
las murallas de mangle negro en tratos con el infinito
la banda café con leche

Aprobación rápida, sin codeudor, sin papeles

la frontera al más allá de los barcos cargados de futuro
y el Magdalena

Para reportados y no reportados

Es una locura hacer fila en este edificio.
Justo, debajo del balcón
la pista para árboles recién graduados
los de un espectro entre el verde call center
y el gris de un lápiz apuntando a su yugular
dos días atrás

Rápidos y seguros en Colombia

Es una locura hacer depósitos en este edificio.

Vienen a lanzarse
más allá de que lo que brilla:

La inutilidad de la duración
el amor amarillo por la abuela
el amor a segunda vista en el Transmetro
el patacón relleno, el barro en San Juan de la Cruz
TODO A CINCO MIL PESOS

Recibes el dinero directo a tu cuenta

¿Es una locura soltarse desde este edificio?

Entre el azul y el marrón su angustia es del color
no reproducible del 60 % por ciento de la tasa de interés
DIARIA

Así de simple

Así de simple
Y la moto roja
frente a la casa de sus viejas, en la esquina de la tienda del
barrio las espera con cláusulas:
el pago es una libra de carne de su costado.

II.

Las muchachas dejaron notas con bolígrafo azul

amasijos de billetes morados verdes, naranjas
instrucciones para buscar en el cajón de la ropa interior
una bolsa azul con rayas con excusas por el retraso
instrucciones en la billetera *agradecería si pueden*
comunicarse con mi papá

Sí no paga en tres días, su nombre...#### ****

Sí las muchachas tuvieron miedo antes de arrojarse desde este edificio:

Más miedo sintieron de descocerse la vergüenza y la mora
más miedo sintieron al moho y la espera a línea de atención
mental de esta vida

más miedo sintieron de la larga cadena del horizonte:
La que todo lo pudre y lo aparenta
sentada en una silla Rimax en la terraza.

En memoria de los estudiantes suicidas dentro del campus de la Universidad del Atlántico, Puerto Colombia 2024.

Andrea Juliana Enciso Mancilla
Barranquilla

La patria cabe en una mano

Hay un hombre sentado a la orilla del mundo.
Nadie firmó su destierro.
No hubo frontera, ni soldados,
ni una bandera anunciando su partida.
Solo una puerta se cerró lentamente
y olvidó dejarle la llave.

Desde entonces contempla los trenes.
Por sus ventanas pasan los futuros:
un pan que alcanza,
una escuela llena de libros,
una casa donde la lluvia
no tenga permiso para entrar.

Él levanta la mano.
No para detenerlos.
Quizá solamente quiere saber
si todavía existe un lugar
donde su nombre no sea una sombra.

Hay niños que aprendieron a contar
antes las monedas que las estrellas.
Saben cuánto cuesta el pan,
pero todavía ignoran cuánto vale un sueño.

Uno dibuja una casa sobre el polvo:
le pone techo, ventanas,
un árbol pequeño en el patio.
Después borra la puerta.

Tal vez nadie le enseñó
que las puertas también fueron hechas para abrirse.

Hay madres que parten el pan
con la precisión de quien divide milagros:
una parte para el hijo, otra para el hambre.
Y sonríen, como si el amor
pudiera engañar al vacío.

Mientras tanto, en algún lugar,
la abundancia aprende a desperdiciarse.
Y nadie parece advertir que existe un hambre
que no cabe en el estómago:
la de quien tiene manos, pero no trabajo;
la de quien tiene talento, pero no oportunidades;
la de quien tiene sueños. pero nació demasiado lejos
de las puertas que los cumplen.

La pobreza también tiene geografía.
Hay calles que no aparecen en los mapas del progreso;
barrios donde el futuro llega siempre con retraso;
territorios donde la esperanza aprendió a caminar descalza.

Pero quizá lo más terrible
no sea que existan esos lugares.
Quizá sea que nosotros
hayamos aprendido a pasar frente a ellos sin detenernos.

Les pusimos números al hambre,
porcentajes al abandono,
estadísticas al dolor.
Y de tanto contar pobres,
olvidamos contar sus nombres.

Nadie debería ser una cifra.

Entonces ocurrió algo pequeño:
una mano encontró otra mano.
No llevaba oro.
No llevaba discursos.
No llevaba promesas.
Llevaba calor. Y eso bastó.
Porque hay gestos diminutos
capaces de derribar fronteras.
Hay manos que no entregan limosnas,
sino pertenencia.
Una mano que escucha.
Una mano que comparte.
Una mano que levanta.
Una mano que dice: no estás fuera.

Este mundo también es tuyo.
Quizá la solidaridad sea eso:
no darle al otro un lugar en nuestro mundo,
sino recordar que ese lugar siempre fue suyo.

Porque nadie debería pedir permiso
para ser digno.
Nadie debería demostrar que merece una mesa,
una escuela, un techo, un abrazo, un mañana.

Y quizá la pobreza
no sea el peor de los exilios.
Quizá el verdadero exilio
sea vivir entre millones de personas
y que ninguna mirada se detenga en nosotros.

Por eso escribo.
No para hablar de ellos.

Escribo para hablar de nosotros.
Porque mientras alguien permanezca
sentado a la orilla del mundo,
ninguno de nosotros estará completamente dentro.

Y si alguna vez encuentras
a un hombre con los zapatos llenos de caminos,
a una madre partiendo el último pan,
a un niño borrando puertas de sus dibujos,
no preguntes primero qué le falta.
Pregúntate: qué frontera levantamos
para que tuviera que llegar hasta allí.
Después, si puedes, tiende la mano.

Tal vez descubras que una mano abierta
es la patria más pequeña del mundo.
Y que dentro de ella caben el pan,
la dignidad, la esperanza, y ese gesto sencillo
con el que un ser humano le dice a otro:
No eres extranjero aquí.
Mientras mi mano pueda alcanzarte,
el mundo también es tuyo.

Sergio Pastor Alvear Perez
Repelón

El hambre

Sentado bajo un puente
un hombre barre con su mano
hacia un vaso de polietileno
la sopa que se le acaba de caer.
Llora, llora como un niño.

Dibi Lorena Guzmán Calderón
Bogotá D.C.

Carbono analgésico amorfo

Primera hora

Las agujas entran en la dermis con una velocidad fija,
depositan los pigmentos.
Imagino que son colonos asentándose en mi piel,
que la máquina tatuadora, que tiene forma
de un cohete espacial, desciende marcando las fronteras
de un nuevo reino. Las defensas se
resisten, como deberían resistirse los individuos de
la opresión.

Segunda hora

A la tinta se le nombra como a los androides. Una “C”, una
“I”, siete siete dos sesenta y seis.
Un espécimen extranjero que los macrófagos desayunan,
pero no pueden expulsar. Entonces
les crece una semilla de color que después brota por sus
membranas y evolucionan en un
árbol filogenético, y sus frutos son cualquier cosa: Un león,
la Copa Suramericana, un
atrapasueños.

Tercera hora

Niego con la cabeza cuando me preguntan si siento
incomodidad. Durante los primeros
minutos de la conquista, los cortes se padecen en
la sangre y en el aliento. En las

contracciones de los músculos faciales que expresan el deseo de terminar. Pienso que la sensación es tan placentera como rasparse las rodillas con el andén. Más tarde, cuando la violencia de los invasores se vuelva crónica, el sufrimiento será un asunto burocrático, y el nuevo régimen avanzará estirando los tejidos.

Tercera hora y media

Antes las cosas dolían como una respuesta natural a las amenazas externas. Los órganos se hinchaban de lágrimas y se vaciaban solos. Los moretones duraban lo de una salida al parque. Sin embargo, estos procesos biológicos se hacen menos eficientes a medida que uno envejece, y unas cuantas lágrimas quedan estancadas, atrapadas en campos de concentración.

Como un acto autolesivo, las agujas liberan mi dolor.

Esteban Piñeros Martinez
Bogotá D.C.

Una maleta

Tuve una mano para una maleta.
Tuve una mano para una muñeca.

Deje un camino que olvido una historia
y estuve buscando una historia en el camino.

Deje a la espalda a mi tierra natal
luego de un beso a la fría capital.

El desarraigo me atrapo las manos
y la injusticia me cerro los labios.

Pegue mis tripas de tanta nostalgia,
puse la vida en pausa obligatoria.

Comí manzanas en nuevos lugares,
dormí en moradas que fueron hogares.

Una mano amiga abrazo mis daños
su magia empática me sostuvo años.

Quisiera volver a pisar mis calles
con una maleta llena de detalles.

Claudia Marcela Ariza Ramos
Bogotá D.C

Auditora de vida.

Madre, luchaste contra la pobreza
venciendo cualquier obstáculo,
teniendo en tus manos tus herramientas.
Quienes algún día lavaron tristezas, lavaron la ropa;
dinero no me dejaste,
pero sí resiliencia, resistencia y perseverancia.
Tus manos pequeñas alcanzaron muy alto los frutos;
tus ojos no se ahogaron.
Tu corazón de acero estuvo cuando no hubo un padre:
tú fuiste dos.
Cuando faltó un abuelo, tú fuiste tres.
Un círculo de muerte inesperada se repite,
pero me preparaste como un ejército que no se rinde.
Tu machete era fiel compañero de brega;
si un lápiz no tenías,
una voz gritaba a lo lejos:
«¡Con sangre has de escribir!»
Aquí está el hambre, el Sinú,
mi hija diciéndome: *«No llores, mamita».*
Si esto no es suficiente para existir,
que al menos sea suficiente para que duela.
Zenú, pies, acero, invencible.
Hijas del oro que no suena, tejedoras de río y memoria.
Mujer guerrera que no se cansa,
que lucha contra el cansancio, contra el sistema,
contra la pobreza de un río de aguas vacías:
pobre, pero vigente.
Retomé mi rumbo y encontré mis letras, esa cura.

Me siento libre como el viento,
volando alto, cumpliendo mis sueños,
recordando a mi gente y a sus pueblos.
Que estas historias no queden en el olvido.
La escritura es y será siempre
el mejor antídoto contra la escasez.

Uder Cristina Acuña Tordecilla
Lorica

Los lugares donde te quiero

Nos conocimos cuando todavía
hacíamos cuentas antes de hacer planes.
Tú sabías cuánto costaba un día,
yo sabía cuánto podía durar un sueño.

Y, sin embargo, nos quisimos.
No fue una promesa
ni una salvación.

Fue tu risa en una cocina estrecha,
dos tazas sobre la mesa
y la costumbre de guardar para el otro
lo que se quiere para sí mismo.

Aprendí a escuchar tus silencios.
El que aparece con las cuentas por pagar,
el que te deja mirando por la ventana
cuando preguntan por el futuro,
el que no sabe pedir ayuda
porque alguna vez aprendió
que necesitar era una forma de perder.

No pregunté cuánto dolía;
aprendí dónde.

Hay lugares así en una persona:
una fecha que quema,
una fotografía hecha ceniza en la memoria,
un nombre que es barro seco en la garganta,

una calle que cuesta caminar.

Y mientras te descubría,
el cristal con el que veía el mundo se quebró.
En el mapa de tus heridas,
leí las coordenadas de todos los náufragos:
de la mujer que barre la acera,
del hombre entre el tráfico vendiendo flores,
del muchacho que cuenta monedas
antes de subir al bus,
de nosotros.

Antes veía escenas;
después pude imaginar historias.
En cada cuerpo, una geografía propia
y calles
por las que nadie debería caminar solo.

La vida contigo no se volvió fácil.
Seguimos teniendo días pequeños.
La nevera vacía,
el cansancio de los huesos,
la ropa gastada,
el sueldo que desaparece
antes de terminar el mes.

Pero descubrimos una extraña abundancia
en saber quién prepara el café,
quién necesita cinco minutos de silencio,
quién todavía puede hacer reír al otro
cuando el día viene roto.

Entonces el futuro dejó de parecer
una puerta reservada para otros.

Compramos dos pasajes,
aunque no supiéramos bien a dónde.
Guardamos una fotografía.
Hicimos sitio en una habitación
para algo que aún no existía.

Y, por primera vez,
la palabra mañana
no sonó a deuda.
Sonó a posibilidad.

A veces basta un encuentro
para volver a sentirse
parte de la misma tierra,
no porque te entreguen el mundo,
sino porque alguien
se sienta a tu lado
y te mira como si todavía
tuvieras derecho a él.

Permanecemos en esta cocina estrecha,
con dos tazas sobre la mesa
y tu mano buscando la mía
sin pedir permiso al futuro.

Paula Alejandra Poveda Castillo
Bogotá D.C

El totumo que germina

El hollín cegaba la brisa del páramo,
la sombra de la ambición quemó hasta los
cimientos
del macizo que vivió
en la infancia de los abuelos.

La sarna que habla desde el triunfo burocrático,
el comprador que no habla el idioma de la tierra,
solo conoce el lenguaje de la moneda,
mientras las aguas frescas
se reúnen en nuestra memoria.

El oso de anteojos levanta las ramas,
buscando al gato, que fue a pasear al páramo.
Los zorros ocultos le contaron que había llevado un
totumo
para pedirle a los frailejones
el agua más fresca de la mañana.

Mientras suben, observan:
la puya estaba tejiendo una mortaja
adornada con los capullos
de flores que ya no nacerán.

El sietecueros ya no es rojo,
la tierra está rota.
Solo se escucha el eco de los pasos,
y la altura confirma que no hay más vida que buscar.

Imperturbable, el oso en su minucia
sube, mueve, busca.
Los zorros cansados se quejan de su terquedad,
los perros, heridos, le reclaman que regrese.
En lo más alto del macizo, Bajo una roca de granito,
el gato yacía enroscado. Su amigo lo subió en una
hamaca.
de sus patas cae el totumo que suena.

Dentro encuentra agua fresca
con agras dulces flotando en ella.

El oso las acuna,
les susurra
y las lleva al campo seco,
las arropa con la tierra,
sube a su amigo en la espalda,
mientras el páramo, en silencio, germina.

Wendy Gianella Pillimue
Florencia

Шурпа [Shurpa]

Madre, no esperaba tu caricia.
En estos días helados y sin electricidad
suelo olvidar el calor originario.
Si me esfuerzo en recordar
pierdo energía para el invierno

Madre, en la hora más negra de las noches bajo
cero
sueño que me amamantas
con tus caldos celestiales
—pócimas salinas y vegetales que inmunizan
contra la adultez—
con barrios que ya me parecen lejanos
con la ternura y el amor que necesito
para escapar de esta guerra

Durante los bombardeos,
mientras en un refugio antiatómico deseo el sol,
veo que compartimos un tazón caliente
con una cucharadita de cilantro
un trozo de pan
pedacitos de carne que valen fortunas
la promesa de tu amor
que me nutre desde las primeras entrañas

Madre, extraño tu tinto con panela,
anuncio del día circular,
tus montañas con funiculares
la caminata dominguera
la arepa con queso y chocolate.
Te he buscado en cada tazón de sopa

en cada abrazo y palabra extranjera
en los intentos fallidos de un caldito de costilla
en este extremo del planeta.

Hoy sentí tu compañía, madre mía.
A pesar de los copos espesos y pegajosos
vi tu siluteta en cada sorbo
de esta bautizada con todos los nombres
que nutre desde siempre
cada rama de nuestra descendencia.
Durante tibios instantes,
dentro de ese kiosko grasiento y providencial
a pasos del metro Olimpiiska,
eras tú.

El día turbio me concedió una tregua.

La joie fut un bol de шурпа.

Jhon Alexander Martinez Niño
Soacha

Intermezzo

Subir y bajar el telón de los días
hasta ver la luna en la pupila
de la noche.
Alguien dobla las campanas.
Alguien cierra todas las puertas,
abre todos los cerrojos.

Nacemos para caer.
En sueños tocamos el cielo.
Una hoja que cae
sólo la levanta el viento.

Caer para levantarse.
Coger impulso para la próxima caída.

Caer como algo que se resbala
y querer seguir cayendo
antes de despertar.
Caer sin perder la esperanza
de que alguien te ataje.

Porque el cielo es el escenario
y el único testigo.

Soy el ángel caído
abandonado a su suerte,
en este cuerpo,

en este lugar de la vida.
Soy el ángel desesperado.
Días de sol, cuándo vendrán.
No me voy dejando la vida,
sólo cierro los ojos a la soledad.

Monique Guisselle Facuseh David
Santa Marta

Cuando los pájaros no cantan

En Dabeiba
el canto
lo entierran
El Urama baja
y le entrega al Sucio
plumas
lodo
sangre
nombres mal tragados
El río
aprendió a ser silencio de sus muertos

En Dabeiba
nos quitaron el canto
pluma por pluma
casa por casa
garganta por garganta
el silbido del campesino se hundió en la loma
primero fue el enfermero
volvió la bata
el estetoscopio
el cuerpo nunca volvió
los gritos vuelven
los disparos vuelven
la orden de irse
o de quedarse sin gallinas
vuelve

Desde entonces
el chango
grita con desespero

El chocolero
vuela bajito

Y el monte
amanece
lleno
de picos cosidos

En Dabeiba
nadie canta del todo
el nombre de sus muertos
como quien mete la mano
en la tierra removida
y saca
una pluma

En Dabeiba Las Mercedes se saben el canto

Daniel Alejandro Sierra Toro
Metepec

Pan integral

el cuerpo de una mujer es una tumba
Louise Glük

Unas pocas migas
han quedado sobre la mesa

el espacio entre una y otra es el hambre
infinito mordaz oscuro

el pan dejó de ser pan para convertirse en plástico
“sin gluten, por favor”
“sin harina ni mantequilla ni azúcar”
un pan de aire que mantiene el abandono

Cuerpo sin carne
piel delgada que cubre el hueso
menos barriga menos cadera

Un gancho que viste de hambre
una mujer
puro vacío

¿Y nosotras? residuos de un pan
que no quita el ansia
infectamos de delgadez todas las miradas

Natalia Montejo Vélez
Bogotá D.C.

UN HOMBRE DE MI PAÍS

"El niño herido te morderá. Se tornará en terrible criatura y te morderá"
Margaret Atwood
En memoria de V

Ese hombre es el niño herido
al que le prohibieron sus palabras para hacerlo sentir pequeño.
Expuesto a la violencia de otros niños heridos de mi país
vivió la mitad de su infancia en desnutrición y enfermedad.

El niño de campo que se hizo hombre entre tiroteos y cultivos
que saltaba a la corriente de un río que carga muertos.
El que no tiembla por rumores de matanzas
porque las conoce lo suficiente.

Formado para temerle a un abrazo más que a un golpe
no sabe mantener la mirada fija si le sonríes
ni habla alto para no escuchar su voz.

Él es el que bordea el peligroso abismo de algún delito
y cree que todo es válido por sobrevivir.

Ese niño que han destruido
es el hombre
que me hubiese podido amar.

Rebeca Urazán Benítez
Bogotá D.C.

Cena a la orilla del mar

Preparas la mesa
pones los cristales quebrados
y dejas un puesto vacío para tu hijo
que se hundió en la guerra

el plato humea
la dulzura se bebe el vino
y desde la ventana
el ojo se desgasta
a la espera
de un barco en la bruma

a veces los faros no son para alumbrar a nadie
son para decirle a la noche que aquí estamos

Juan Esteban Londoño Betancur
Bogotá D.C.

El deudor

"Para ver qué hermosa es la vida,
hay que contemplarla desde la altura de la muerte".
Ursula K. Le Guin

Crece la pera
invirtiendo la luz en una forma secreta
de dulzor y vida.
También la criatura
aumenta su tamaño y volumen,
trabando un romance inquieto
entre el seno y sus labios.

Abunda, así,
esa fe
en la succión.
En demandar de la vida
la sed con la que nací.
Ya fuera yunta vacía
mi tierra.
O el hambre que crece
sin pan.

¿Pero qué gracia puedo lactar
cuando la tierra está
sobre mí?
¿Y bajo mis pies
solo hay
camino,
senda

y trajín?

Si crece dentro de mí
ese destino en la boca.
Y puedo sin dificultad
amar
crecer
y morir.
¿A quién le resté su luz?
Si maduré y me hice viejo,
¿con qué parte de este mundo
es que me hallo en deuda?

Temo estar parado
frente al sol,
a sabiendas de que extiendo
mi sombra
sobre esta tierra.

Juan Sebastían García Sierra
Bogotá D.C.

El cráneo del tío Andrés.

Desenterraron al tío Andrés
de la bóveda de los nuestros,
allí donde el polvo sabía su nombre.
Lo trajeron a casa,
la casa de mi abuela,
la de los corredores solitarios y sombras largas.
El cráneo reposó en un rincón,
como si esperara el cuerpo,
como si aún escuchara el murmullo de los vivos.
Y entonces,
la casa no volvió a dormir.
Las paredes retumban con su voz,
las ollas hierven solas,
y en el aire se esconde un aliento viejo.
A veces creo que respira a través de mí,
que en mis sueños me usa los ojos,
que mis manos no siempre son mías.
No sé si está de paso
o si somos nosotros quienes pasamos por él.
Porque su casa es ahora este cuerpo,
y yo, sin querer
me he vuelto la bóveda
donde el tío Andrés
sigue velando su propia muerte.

Melanniveth Díaz Pernett
Montrlíbano

Lo poco

Unos se van
con lo que cabe en sus manos.

Otros se quedan
con sus manos vacías.
A ellos les enseñaron
a llamar suficiente
a lo que apenas alcanza.

Una casa puede caber en una maleta.
Una vida,
a veces, apenas en un bolsillo roto.

Hay quien pierde la tierra
y quien nunca tuvo una
que perder.

Pero ambos conocen
ese lugar extraño
donde el futuro
se vuelve una palabra demasiado grande.

Por eso guardan lo poco:

un pan,
una fotografía,
un nombre,
la mano de alguien.

No porque sea suficiente.

Sino porque,
cuando todo falta,
sostener lo poco

es una forma de decir:
aún me habito.

Tania Elena Grisales Martínez
Rionegro

Hombres

Aquellos hombres desenredaron sus redes temprano

avanzaron por los laberintos de manglares
en su balsa

en su trono triste de paciencia
flotando en silencio
bajo las anchas saetas de pelícanos...

allí donde el mundo desemboca entero en las planicies
infinitas de mar y tierra
donde no hay relieve
donde terminan todos los serpenteos del tiempo y de
los ríos...

Yo
—joven, jugando a ser intrépido,
ágil entre los años de la inconstancia,
escabulléndome de todo lazo
en favor de horizontes ciegos—
fui invitado a subir a bordo...

a fumar un cigarro y beber agua con un sabor metálico
a paralizarme junto a todo
junto al tiempo
en un gesto de espera sin prisa,
a zambullirme en las aguas verdosas
con olor a gasolina y maderas desechas...

también a asistir a la muerte palpitante y desesperada
de las barracudas que saltaban sin
parar en la cubierta
como siguiendo un libreto atroz en un teatro
sin testigos...

La tarde cesando
la marea subiendo como una pesada lengua sobre las
rocas y raíces
y aquellos hombres generosos
aquellos hombres que apenas conocí
partiendo por los archipiélagos del olvido...

Juan Carlos Caicedo Mera
Bogota D.C.

Si este barrio temblara

Yo también sentí el abandono.
Cuando mataron en el barrio a Gustavo,
salieron los noticieros a decir
que en este barrio solo mataban gente pobre.

Los que lo escucharon pensaban:
allá nadie estudia, nadie trabaja,
solo matan gente, gente pobre.

Si este barrio temblara,
recuerdo que pensé,
¿quién sacará a mi madre, que sí trabaja?
¿quién sacará a Viviana, que sí estudia,
que es la mejor y saca cinco?
Cinco. Cinco. Cinco.

¿Quién sacará a mi perra,
que ni estudia ni trabaja,
pero es mi perra?

¿Quién nos sacará?
Si los noticieros van a decir
que en este barrio solo muere gente,
gente pobre.

II

No tembló.
Mi barrio no tembló.

Pero cuando salió en los noticieros
que hubo escombros en otro barrio
y que murió gente pobre,
don Gustavo, el hermano de Gustavo muerto,
organizó a todos los que trabajaban.

—Una libra de lentejas cada uno y los salvamos —
dijo.

III

Si este barrio temblara,

ya sé quién sacará a mi madre,
ya sé quién sacará a Viviana
y a mi perra:

gente pobre,
gente pobre como yo,
pensé.

Karen Tatiana Olaya Morales
Bogota D.C.

Falta de Aire

Crepitan los tablones
y las puertas del consultorio
como alvéolos, llenos de esputo
insuflándose a mi paso.

El aire,
mohoso y rancio,
aún no abandona el recinto

Una fina capa de polvo
encima de hojas sueltas, esparcidas en la mesa
cubre el rompecabezas:
“tuberculosis”, “lepra”
—sintomático respiratorio—
Ais-la-mien-to.

Atacan las imágenes
mientras algo se atora en la boca del estómago
mohíno, urente, palpitante
cual herida a medio cicatrizar

La mirada temerosa,
las manos ásperas y los pies callosos,
la culpa en el vientre

La urgencia tácita
de quien pone su fe

en alguien que apenas puede traducir
lo que se le presenta como algo oscuro,
místico,
sobrenatural.

Atacan las imágenes
¿A dónde va lo que no se puede salvar?
¿A dónde?

El viejo que se deshace de ruana y sombrero
quitando la trascendencia de su ajuar
ofreciendo su máxima vulnerabilidad
trayendo como ofrenda
gallinas, huevos y queso.

Atacan las imágenes
pero no se puede callar

Ahí, donde los nombres son mal escritos
donde la enfermedad nos pone como iguales
junto al espanto que produce la sangre
junto al aliento final.

Andrea Carolina Caicedo Duran
Bogota D.C.

Cerrojo

Nuestra huerta está sembrada.
Son solo dos meses para cosechar tomate y lechuga crespa.

El canto de la mazamorra con panela
es el silbido del sueño de mi abuela:
volver al campo de caña.

Murió en Bogotá.
Y mientras olvidaba, entonó:
“Dos palomas que al volar, dejaron su palomar en el olvido”

Hoy recuerdo mi decisión de nunca vivir en el campo
de nunca ser como mi papá
de no perder el tiempo contemplando
ni sintiendo.
confiar en el progreso.

También olvidaría
es herencia no recordar.
Sin embargo; el tono de mi canción haría el eco en una casa terminada.
Cocina integral
piso en adoquines
en el norte de Bogotá
cemento y puertas de madera con llave
nunca más cortinas.

habría un armario incrustado nuevo
no tendría que comprar muebles de segunda mano.
Me sentiría segura.
Lo habría logrado.

Ni hijos, ni un esposo que me golpeara jamás.

Sí lo hice
ser poeta no da plata.
Mi papá es poeta.

Supe huir del inútil poema
¿Cuánto tiempo necesito para escribir un buen
poema?
Ese tiempo lo puedo usar para vender.
¿Cuánto tiempo debo invertir en imaginar?
Ese tiempo lo puedo usar para comprar
abracé dicha soledad silenciosa
dos botellas de vino cada noche
hacer el amor pagando por un turno.
Fumar marihuana con los bordes de los poemas que maté

mi verdad rasgó mi nervio facial
quedé sin máscara
no sabía que sí podía ser escritora.
Que los pobres también podemos ser artistas.

La palabra fue la llave.
Esta mañana, mientras sembraba mi comida
decidí no olvidar
decidí ser poeta.

Y termino de entonar al cielo la canción de Aguilar para mi abuela:
“después de tanto volar -siempre es posible- encontrar un nuevo nido”

Mariana Parra
Mariquita

Decir cuerpo es decir tierra

El único oficio que he aprendido es soportar mis
huesos.
Toda carne es dolor.

Nada avisa que el cuerpo se hace otra cosa,
que la única tierra que tengo es
esta elástica contractura de días-célula,
que la piel se angosta
y mueve sus manecillas en sentido contrario al de mi
yo futuro.

Hay pedazos de mí
suspendidos
al filo de la cuchilla que paso por mi cabeza día
por medio,
oigo con los dedos la distancia entre el agua
jabonosa y el peligroso borde,
me demoro en él,
adquiero su forma con la lengua
rozo los espacios intermedios,
las arrugas de la delicada dermis,
una sucesión constante de analgesia
y coágulos donde antes hubo dientes.

De nuevo el dolor,
las vértebras pierden su original ángulo.
La espalda es una hernia líquida que se dobla sobre sí
misma,

veo mi propio nombre
escrito
en el revés de la rótula izquierda.

El dolor es un idioma que estira los tendones de todas
sus palabras.
La palabra es placebo,
un apéndice del dedo y la boca.
Hay un tumor de vocablos alojado del lado derecho,
arena en los nervios,
decir padre es distensión verbal,
decir hijo es agua.

La poesía es una malformación congénita,
la padezco.
Único descanso de estar vivo.

Daniel Felipe Gomez Gomez
Santa Rosa De Osos



Pan para el desayuno

No pensábamos en la muerte
la mirada calculaba el salto de un charco
las reglas de algún juego condicionado al trayecto
repasábamos en la mente
el listado del mandado
pan para el desayuno
chocolate
panela

No advertíamos el peligro
suponíamos que de manera cotidiana
en otra calle sin pavimentar
otro par de niños
repasarían un encargo
pan para el desayuno
hojaldres
café

Enlistadas las necesidades
los otros niños
intentarían flanquear
otro cuerpo en el camino
y al regreso
pudimos contabilizar
la posición contorsionada
el rostro sin gesto
la ropa sucia

el zapato mal puesto
las moscas
la sangre empolvada

La imagen se agregaría
al repaso de los mandados
y los niños aprenderíamos a hacer el pan
a salir de pobres

Leidy Dayana Cortes Campo
Armenia

Así quiero vivir

Viviré el día de hoy
como lo quiero vivir mañana,
dando saltos,
llegando y yéndome;
eso si,
con el Universo,
la vida
y la humanidad sobre mis hombros;
juntos pesan menos
que la codicia y la guerra.
No viviré en paz
en este lado del mundo,
mientras en el otro lado haya guerra.
No me sentaré con dignidad en mi prodiga mesa,
mientras haya personas muriendo de hambre.
Moriré si me quedo sentado y callado
ante las mesas vacías
y los bolsillos sin fondos.
Consentir con el hambre
y la infelicidad en el exilio
no es lo mío.
Seré libre mientras ejerza
la voluntad de romper las cadenas que me
oprimen
y llevar sobre mis hombros
las cadenas que me redimen.

El Universo, la vida y la humanidad nos dan todo
para tener felicidad;
por desgracia, nos la arrebatan desde que
nacemos,
gateando, caminando y corriendo
para vendérnosla después como mercancía,
exhibida en una vitrina.

El alimento y la felicidad son derechos inalienables;
cuando todos y cada uno, tengamos estos dere-
chos,
podré decir,
que así quiero vivir,
en paz.

Juan Guillermo Velásquez Oñate
Medellín

No soy una invitada al paraíso

No soy una invitada al paraíso
pero te escribo debajo de las piedras,
donde llueve vinagre del cielo
y el ardor sofoca la paciencia

Nací igual que tú:
en una tierra fértil pero injusta
donde los frutos nunca llegan a la boca de quien siembra

Me desvelo fabulando maneras de vivir sin arrastrarme
y te tiendo una soga para que no caigas tan abajo
como yo,
una cuerda hilada con palabras
que sostenga el cuerpo de tu incertidumbre

Perdóname por no tener alas,
por no ser una casa indestructible,
por no saber invocar los horizontes

Puedo darte de beber el agua filtrada de mis
pensamientos
puedo hacerte un rincón entre mis pechos
para que descanses en mi tibio vacío

No soy una invitada al paraíso
pero recreo el mundo para que sigas existiendo,
para juegues en este terreno radioactivo
y sonrías con su luminiscencia

No puedo levantar de los escombros todo lo que perdiste
pero te doy mis manos
me duele tu dolor como si fuera mío,
porque es mío
cuando te veo en la bruma me convierto en una
espantatormentas
invento para ti un hospedaje celeste, sin límites, ni púas
un resplandor que permanezca en tu agitada memoria

Te ofrezco este plato limpio,
como un cielo sin nubes,
como una hoja en blanco,
para que imagines todos los sabores
y te sacies con belleza

Puedo alimentarte con mi propia carne
que es mi único don
este dolor tangible que he transformado en fuerza
para ti.

Alejandra Lerma García
Cali



Los otros: miradas ocultas

No es la forma de callar cuando veo sus miradas perdidas al pasar por lugares desiertos,
percibo en el trasfondo de ellos una vida triste, con dolor, quiebran los huesos, su existencia y, algunas veces, su presencia.

Esa mirada oculta, profunda, llena de incertidumbre y de pena
Me duele, me duele mucho, sufro en silencio solo con verlos, a esos que la sociedad desprecia y el mundo aborrece.

Los Otros, aquellos Otros, son de carne y huesos, son como yo, humanos, todos con vida
Me duele, me duele, solo con sus miradas, mi alma se desvanece.

No es la forma de callar, pero mata ese silencio, muero entre la maleza de los pensamientos de quienes los ven con desprecio,
Me duele, me duele, mis ojos lloran al saber que se convierten en fantasmas, cuando los borran de sus memorias.

Ellos pobres, ellos Otros,
No renuncian a una vida, los hacen
dejar de existir, mueren en silencio,
callan en la soledad de nuestra propia
existencia.

Me duele, me duele su dolor, me duele
su hambre, me duele su sed, me duele
sus recuerdos,
Me duele que, en algún momento,
dejen de soñar, ellos, los otros, con su
mirada profunda.

Arlington Antonio García Padilla
Barranquilla

Un castellano a cambio de mi río

Naná Burukú me entregó este sitio como hogar
soy muy afortunado
Me regaló un río caudaloso, el más caudaloso de todos
para bañarme, alimentarme y transportarme
Todo lo que soy, y todos los que fueron antes de mí
fuimos el río,
reverberante, libre y saludable
Hasta que un día
de México y China llegó el azogue en barcos de
contrabando
se vendió en el mercado negro a quien supiera del
oficio y tuviera pa' invertir
se metió en el río para llamar al oro y arrancarlo de su
roca madre.
Desde entonces, ha viajado desde el río hasta mi
sangre
para volvernos uno solo
río, mercurio, yo y toda mi gente.
Camina por mi cuerpo como animales pequeñitos
vive en las entrañas del quicharo, del bagre sapo,
del barbudo.
Al menos yo puedo decir que me duele, que no
recuerdo el nombre de mis hijos, que estoy
perdiendo la visión
¿y los peces?
¿y el resto de la cadena trófica?

Antes, la subienda era la fiesta en la que el
bocachico arrimaban en abundancia
ahora, es la fiesta del mercurio
y el dolor de la doncella es el dolor de todos los
seres.
Un castellano a cambio de mutaciones en todas las
generaciones del medio Atrato.

María Alejandra Hernández Salinas
Cota

La hoguera de los pobres

Lo único que había para comer en mi casa era fuego.
Una cascada de lava escurriendo por la barbilla.
Mojando la ropa
e incendiando mis sueños.
La caldera hirviente de mis angustias,
un reflujo amargo que muele las penas.

Lo único que había para comer en mi casa,
era una sopa de piedras.
El aire cociendo la arcilla.
La leña de los crepúsculos.
La garganta abierta.

El tufo que ciega los acentos.
El desgaste de los siglos.
El timbal del tiempo.

Soplar con los ojos cerrados.
Masticando mis propios huesos.
Las calles afiladas jugando al escondite.
Asomarse al borde de la lengua.

Y nadie dirá una sola palabra.
Las bestias roerán mis dedos.
Una lengua de piedra que mastica y escupe
sombras efervescentes que iluminaron las estrellas.

La noche se derrite entre mis pasos.
Esparciendo su milenaria saliva

y la danza de las ultimas cenizas.
Dura más de un siglo en la lengua.

El humo se pega a la piel,
la lluvia se mete en los huesos
los tambores del estómago anuncian
gente rabiosa con dientes de piedra.

Las fogatas de sus ojos grises
suavemente cucharean la sopa.
Y las sirenas del camión cisterna pasan rugiendo,
hambrientas.

El ruido del fosforo.
Un plato lleno de nada.
Un vaso de lagrimas que un niño
guarda para mañana.

El hambre afilando los rostros.
El silencio barriendo las cenizas.
Mientras la mosca de la muerte
se posa en mis dientes y me saca una sonrisa.

Edwin Fernando Díaz Castillo
Bogotá D.C.

La herida abierta

Ser colombiano es una herida abierta.

Es que en ti habite la más inmensa alegría
y los estadíos más plenos del dolor.

En este territorio que es mi cuerpo se cuentan las historias de los abuelos que llegaron por voluntad de otros, de los que lucharon por sus pueblos, de los que no se rindieron.

Mi cuerpo es un museo de causas perdidas, de floreros rotos, de gritos al vacío, de dolores de parto.

Ser colombiano es que se te acelere el corazón estando en reposo, como si de pronto viniera un tigre a comerse todo lo que valoras en la vida.

Y vas a mirar y es verdad.

Es verdad que mi pueblo valiente ha soportado más guerras de las que debería.
Es verdad que ha tenido que enfrentar amenazas ocultas y extrañas.

Y aún así sabemos vernos en los ojos del otro, porque nos atraviesan la memoria y la solidaridad.

Esta herida está cubierta de la fe inamovible de nuestros ancestros.

El sol saldrá para nosotros nuevamente, y nos reconstruiremos.

Y bailaremos en la montaña,
en la selva,
en los campos
y en la playa.

Porque somos los hijos de esta tierra fértil.
Porque por las venas de este territorio corren las aguas de la resistencia.

María Camila Meléndez Salinas
La Plata



Territorio de tristezas

Cada día que me recuerdo
me entristece aquella ausencia
porque ya no están conmigo
las personas que quería.

Ya no se miran salir
con rumbo a sus labores,
ya no se escucha el saludo
del vecino y la vecina;

Una triste novedad
nos marca ese dolor
llegaron hombres extraños
revatándoles la vida...

Quedaron fríos los fogones,
las ollas y los plateros,
los cerdos todo rompieron,
dentro de oscura Neblina;
los animales del patio
se quedaron sin comer
los caballos y ganados
se los llevaron muy lejos...

Quedaron huérfanos tristes,
sin aliento y sin valor
preguntando la comida,

una ropa toda rota,
por ahí quedaron colgadas
unas herramientas viejas
ya se ven todas mojosas
no hay ya quien las utilice
nadie cultiva la tierra

Ya llegó otra nueva etapa
de una pobreza terrible
pero con el poder de Dios
tenemos la libertad
de poder ver el paisaje
y ese lindo azul del Cielo.

Las cordilleras y montes
las miramos cada rato,
rios, caños y quebradas
también lagunas y esteros,
cómo abundantes que brotan
para el servicio de todos

La vida del ser humano
es como piedra que rueda,
que lleva golpes y golpes
nunca sabe donde para

Hay que estar bien preparados

Por qué vienen torbellinos
cómo los que ya han pasado
sismos de alto volumen
muchos techos derrumbados.

Debajo de esos escombros
muchos seres ya sin vida,
quedaron sobrevientes
sufriendo a la intemperie...

La vida es como una luz
siempre mantiene encendida
pero nunca se sabe la fecha
en qué momento se apaga...

Saul Daza Sanabria
Recetor



Pasillos

He caminado por pasillos,
unos oscuros,
a veces con luz de esperanza.
He conocido a muchas personas.
Unas quedan en mi memoria;
otras se borran al instante.
Las he mirado
con amor,
con compasión.
Unas tienen miedo;
otras se aferran a la vida.
Otras se miran al espejo,
solo quieren descansar.
Los he visto llegar
con un cuerpo aparentemente fuerte,
rosado,
y se han ido grises,
sin color,
sin ganas de seguir.
Están cansados,
porque eso que pretende salvarlos
también va acabando con ellos,
poco a poco.
Los miro.
Les doy mi mano.
A veces me sonríen;
a veces,
solo guardan silencio.
Están aferrados al amor.

Al mismo tiempo,
el dolor se los lleva.
Se van,
dejando una tristeza
que queda retumbando
en esos pasillos.
Solo se ve
cómo se asoman
para saber
quién ahora se ha ido.
Es doloroso
ver partir
a un ser querido.
Más doloroso
es saber
que no puedes ayudar más;
que tus conocimientos
solo llegan hasta ahí.
Unos se quedan plasmados
en el corazón.
Otros
se pierden para siempre.
Porque, a veces,
el último acto de cuidado
no es salvar una vida,
sino evitar
que alguien
se marche solo.
Es robar una sonrisa
cuando las lágrimas
bajan por su mejilla.
Es dar una mano cálida
cuando sienten frío,

cuando se sienten acabados.
Es dar esperanza
de que aún se puede.
Que todo es un proceso,
en el que ganas
o pierdes,
a veces contando cada moneda,
pero sigues caminando.
Acompañado,
o dejando atrás,
en esos pasillos,
a quien creías
que caminaba de tu lado.
Y, con el paso del tiempo,
solo te ves caminando,
despacio,
solo.
A todos los has dejado atrás.
Pero sabes
que puedes seguir,
por ti,
para ti,
aferrándote
a las pocas posibilidades
que aún quedan,
con la fe
de que aún hay un paso
que puedes dar.

Elodia Ines Navarro Baldovino
Ciénaga de Oro

Entre casquillos y flores

El barro en las manos no era suficiente,
la piel llena de cicatrices, y arrugada por el sol,
el grito y las suplicas por el pan de cada día.

Este suplicio no termina,
de los casquillos de las balas no nacen flores,
el viento es quien escucha y se toma la molestia de
secar el llanto,
nos toca marcharnos y no ver la semilla crecer.

Vi en tu rostro mi propio dolor,
a pesar de no saber tu nombre.
El grito del silencio en las lágrimas que brotan de mi alma,
muda esta tierra hostil a un lugar menos ajeno.

Arif Barsenas Jiménez
San Luis de Gaceno

Las niñas del albergue

El albergue era la caridad de la señora
y su entrada de largo dinero suizo
solo por alojar un ruido incontrolable
en la parte trasera de su casa
más allá de cocina.

Las niñas se oían desde antes
de doblar la esquina de la setenta y dos:
las risas y los gritos
los susurros y los pasos
los besos castigados.

El estruendo de sus llantos
nunca fue tan ensordecedor como
la mirada de la señora
tan tiesa como el rejo.

Ella se fue al norte incluso antes del fin
pero se quedó sola para siempre
en esa casa que ahora es
el albergue de las niñas
y su perpetuo amor desobediente.

Natalia Martínez Calderón
Bogotá D.C.



Indiferencia

Olor a incertidumbre
penetra la conciencia
y clama por las calles
de la ciudad desierta
ante el mutismo inerte
de los indiferentes.

**

Evaden la mirada
del hermano tendido
cubierto de cartones
de cenizas y olvido
junto a muros gigantes
enmohecidos por el tiempo.

**

Familias desplazadas
transitan los caminos
persiguiendo horizontes
abrazando quimeras
entonando canciones
de ilusiones efímeras.

**

Sus rostros reflejan
soledad, abandono
y silencios errados.

**

Rostros atribulados
que narran sin palabras
historias de un pasado
con sabor a nostalgia.

**

Caminantes de la vida
por calles y senderos
sobre el asfalto frío
de la ciudad sombría

**

Sobrevivientes de escombros
y lozas de concreto,
incólumes murallas
que marcan las distancias
entre el amor, los sueños
los ideales, la libertad y la vida.

Ana Julia Sanabria Mendoza
Chiquinquirá

Chocó, cuando tembló Colombia

Hay lugares donde la pobreza
no llega:

permanece.

Se instala en las paredes desnudas,
en los caminos que se interrumpen,
en las escuelas donde el futuro
aprende a conjugarse en condicional,
en las manos de quienes heredaron
la paciencia de esperar.

Pero el Chocó no es la pobreza.

No.

El Chocó es un territorio
que alguna vez tuvo que explicarle al mundo
que también el olvido
puede tener geografía.

Allí el Atrato continúa su viaje
como una memoria líquida,
cargando en sus aguas
los nombres de quienes resistieron,
los sueños de quienes partieron,
la voz de quienes permanecieron
cuando hasta la esperanza
parecía una casa abandonada.

Y entonces,

la tierra tembló.

No fue solamente el suelo
quien perdió su quietud.

Temblaron las paredes,
temblaron los caminos,
temblaron las ventanas,
temblaron las camas donde dormían los niños.
Tembló la noche
bajo los pies de quienes,
acostumbrados a resistir tantas cosas,
tuvieron que resistir también
el miedo de perderlo todo.

Y por un instante
la tierra pareció decirnos
lo que el silencio llevaba años intentando:

mírenme.

Miren mis grietas.

Miren mis casas heridas.

Miren a mi gente.

Entonces Colombia miró hacia el occidente.

Y ocurrió algo que ningún mapa

había conseguido antes:

el país comenzó a moverse.

Desde ciudades lejanas
partieron alimentos,
medicinas,
ropas,
herramientas,
manos.

Partieron camionetas,
barcos,
aviones,
oraciones.

Partieron desconocidos
con el corazón lleno de otros desconocidos.

Y sucedió algo hermoso:

la solidaridad no preguntó
por el color de la piel,
por la región,
por la riqueza,
por la distancia.

Solo preguntó:

—¿Qué necesitan?

Y hubo quien entregó lo poco que tenía

porque comprendió
que la verdadera abundancia
no consiste en acumular,
sino en compartir
cuando otro carece.

Una madre guardó arroz
para otra madre.

Un niño entregó un juguete
sin comprender del todo
por qué aquella despedida
también era una forma de amor.

Un campesino ofreció su cosecha.

Un desconocido extendió su mano.

Y en aquella cadena humilde de manos,
Colombia descubrió, quizá por un instante,
que una nación no se sostiene únicamente
sobre cimientos de concreto,

sino sobre la voluntad
de sostener al que cae.

Chocó:

tu nombre dejó de pronunciarse
desde la distancia.

Se pronunció desde la conciencia.

Desde la culpa.

Desde la ternura.

Desde esa vergüenza silenciosa
de descubrir que mientras unos hablan de progreso,
otros todavía tienen que luchar
para que la dignidad
no sea un privilegio.

Pero no queremos mirarte
como quien contempla una tragedia
desde la comodidad de una pantalla.

No queremos convertir tu dolor
en fotografía,
en noticia,
en estadística.

Queremos mirarte
como se mira a un hermano.

Porque tú no eres la herida de Colombia.

Eres la grieta
por donde Colombia puede mirarse por dentro.

Y quizá por eso temblaste.

Para recordarnos
que ningún territorio está tan lejos
cuando el dolor consigue
sacudir la conciencia.

Temblaste tú,

pero algo se movió en nosotros.

Se movieron las manos.

Se movieron los corazones.

Se movieron las palabras.

Se movió el país.

Y por un instante
Colombia dejó de ser una suma de regiones
para convertirse en una sola respiración.

Tal vez eso sea la solidaridad:

descubrir que el dolor ajeno
también puede hacer temblar
nuestra propia indiferencia.

Por eso, Chocó,

no queremos que nuestras manos
lleguen solamente cuando la tierra tiemble.

Queremos que permanezcan
cuando vuelva la quietud.

Que permanezcan
cuando las cámaras se apaguen.

Que permanezcan
cuando las noticias cambien de nombre.

Porque ayudar no debería ser
un acto extraordinario
reservado para la emergencia.

Debería ser
la forma cotidiana de reconocernos.

Que ninguna región tenga que gritar
para que Colombia escuche.

Que ningún niño tenga que crecer
aprendiendo el significado del abandono.

Que ningún pueblo tenga que esperar
a que la tierra se sacuda
para recordarles a los demás
que también pertenece
a este país.

Chocó,

hoy quisiera que Colombia entera
cupiera, en una palabra:

nosotros.

Que esa palabra atraviese el Atrato,
cruce las montañas,

descienda sobre las ciudades
y llegue hasta cada casa,
cada escuela,
cada niño,
cada mujer,
cada hombre
que alguna vez creyó
que estaba solo.

Porque quizá la pobreza
no sea solamente la ausencia
de pan, techo o caminos.

Quizá la pobreza más terrible
sea aquella que nos exilia
de los demás.

Y aquel día,

cuando tembló el Chocó,
tembló Colombia.

Pero entre las grietas
aparecieron nuestras manos.

Y por primera vez
entendimos que una patria
no es el lugar donde nacemos,

sino el lugar donde aprendemos
a no dejar solo
a quien necesita
que lo sostengamos.

Chocó:

que no vuelva a ser necesario
que la tierra tiemble
para que Colombia
se acuerde de abrazarse.

Jorge Luis Granados Oviedo
Bogotá D.C.

Quibdó

"y la ración de la esperanza es poca
y el dolor no se puede compartir"
Rosario Castellanos

La zozobra inunda las calles
y el río corre con cautela para no levantar sospechas.
La espesa selva entra en suspenso
y el inmenso cielo no da tregua a la humedad que
todo abrasa.
Tanta lluvia no alcanza para apagar tanta sed,
tanto oro no sirve para reparar las ruinas,
tanta tierra es poca para toda la ambición que allí se
esconde.
El calor se diluye con el miedo
y el silencio es el mejor salvavidas.
Aunque tantas pieles vestidas de noche
todo lo soportan,
aunque tantas almas muestran su mejor tez,
nada contuvo el caudal de sangre
nada detiene el camino del mal,
nada apaciguará
toda esa venganza
disfrazada de resignación.

Juan David Romero Preciado
Bogotá D.C.

Las clases de griego

I

Vaya noche difícil: una pesadilla me arrebató el sueño.

Tuve que levantarme a estudiar los infinitivos, y sí,

qué anhelo este de poder fijar mi acción en una forma
no personal y en sus tiempos
relativos.

Me gustaría olvidarme de la muerte, pero no sé cómo
escribirlo. “Gustar”, “olvidar”,
“morir”, “escribir”: así no se dice nada.

II

Si acaso, luchar contra toda la resistencia que nos
imponen los objetos.

Buscar en la gramática lo que el cuerpo ya sabe:
que la tercera persona es la única
que no muere.

Porque “él” no es nadie —o es cualquiera—, y así,
impune, sigue hablando cuando ya
nadie pueda decir “yo”.

(La piedra tampoco dice yo. Tal vez por eso dura.)

Luis Eduardo Sierra Ramirez
Mosquera

El lazo

Escucho en mi cabeza el eco de las risas inocentes mientras tiraban del lazo, el lazo trenzado y resistente como el robusto roble del patio de la casa.

Los inocentes se divertían mientras el sol se ocultaba. Y pasaron cientos de lunas, cientos de soles y cientos de lluvias. Y, en un pestañeo, los inocentes se contaminaron, pues el juego se fue apagando como el último rayo de luz entre las montañas, porque la noche empezó a tener otros dueños y otros sonidos que atravesaron las paredes y el alma.

Y pasaron tantas noches, pero tantas, en las que ya no se reconocieron. Y, estando bajo la misma sombra, del mismo cielo, acariciados por el mismo viento y sembrando la misma tierra, vieron al otro, rostro vuelto extraño.

El lazo, que no había desaparecido, se siguió tirando con voracidad y, entre más tiraban de lado a lado, mayor era la tirantez. Y se fueron desprendiendo hilo por hilo, y por cada hilo, un recuerdo desvanecido en el aire como el papel en la fogata. Y con ello, los abrazos, las risas, los saltos y los eureka.

Y mientras los recuerdos se borraban, se arraigaban en la memoria los hilos desprendidos, brotando así una carcajada en regocijo, celebrando la ausencia.

Y yo, en mi melancolía, siendo de los dos extremos, empecé a coser los hilos con la utopía de reconocernos.

Karen Yulieth Hernández Díaz
Caldono

La alquimia de la escucha

(Sobre la vocación, la psicología y el arte de orden
del caos interno)

Paso los días descifrando tormentas en pechos ajenos,
abriendo ventanas donde el aire se había vuelto espeso y gris.
Me buscan como brújula, como un mapa en mitad del bosque,
mientras yo misma aprendo a transitar mi propia niebla.

No hay fórmulas mágicas en los anaqueles para curar la ausencia,
solo este lento y sagrado oficio de prestar el oído,
de guiar al otro hacia su propia reconfiguración
cuando el dolor insiste en desdibujar el paisaje del alma.

Al final del día, cuando el silencio recupera su trono,
comprendo que sanar a otros es mi forma más limpia de mirarme:
un espejo sutil donde el universo me recuerda
que yo también sé cómo ponerme de pie y sonreírle a la vida.

Lady Susana Florez Díaz
Pupiales

Exilio

Hay hombres que nacen en un país
y pasan la vida intentando entrar en él.

Nacen bajo el mismo cielo,
pisan la misma tierra,
beben —cuando pueden—
el agua de los mismos ríos,
pero alguien les ha cerrado la puerta
antes de que aprendan a tocarla.

Viven dentro del mapa
y están fuera del mundo.

Hay una Colombia de ríos caudalosos
donde todavía hay sed,
una Colombia de tierras fértiles
donde muchos no encuentran
dónde sembrar su futuro.

Hay territorios donde el Estado
apenas llega,
y cuando llega,
a veces llega tarde.

Allí hay niños que aprenden demasiado pronto
que también se puede ser extranjero
en la tierra donde se nació.

Entonces algunos se van.

No porque hayan dejado de amar su país,
sino porque el país que aman
no les alcanza para vivir.

Se van con una maleta pequeña
y un futuro enorme entre las manos.

Mi hija se fue a buscar
un lugar donde su futuro tuviera suelo y cielo.

Pero el exilio no termina
cuando termina la frontera.

Al otro lado del mar
también se puede ser extranjero.

Allí aprendemos otras palabras,
otras costumbres,
otros inviernos,
otra manera de mirar la vida.

Y aprendemos también
a bajar la cabeza
cuando el hambre necesita
que traguemos la humillación.

Yo lo supe.

Una vez caminé por Madrid
vendiendo filtros para el agua.

Yo, que había estudiado,
que me había especializado,
que llevaba años aprendiendo
a escuchar el lento latido de los acuíferos.

Pero mi título todavía no tenía voz
en aquella tierra.

Entonces golpeaba puertas.

Una tras otra.

Y algunas se cerraban
antes de que terminara de hablar.

Una tarde, cansado,
sin haber vendido un solo filtro,
escuché mi nombre en la calle:

—¡Jairo Pérez!

Era la voz de un antiguo profesor.
Me miró y me dijo:

—¿Todavía por estos lares?
Aquí seguirás siendo un ciudadano de quinta.
Vete a tu país.
Allá te necesitan.

Aquellas palabras
me atravesaron como una luz.

Y regresé.

Pero no todos pueden regresar.

Hay quienes se quedan lejos
cuando envejecen sus padres,
cuando nacen sus hijos,
cuando mueren sus amigos.

Hay quienes reciben por teléfono
la noticia de una muerte
y no alcanzan a despedirse.

Hay quienes ganan dinero
y pierden años.

Años que nadie devuelve.

Porque el dinero puede comprar una casa,
una cama,
una mesa,
un poco de tranquilidad;

pero no puede comprar
la tarde que no vivimos con nuestra madre,
el abrazo que no dimos a nuestros hijos,
la conversación que quedó pendiente
con un amigo que ya no está.

Y así pasa la vida.

Uno aprende a vivir en otra tierra,
a llamar hogar a una ciudad extranjera,

a reconocer sus calles,
a soportar sus inviernos,
a pronunciar palabras que antes no conocía.

Hasta que un día descubre
que también se ha vuelto extranjero
de sí mismo.

Una sombra de quien fue.

Pero no todo está perdido.

Porque siempre hay alguien
que abre una puerta.

Una familia que mira al desconocido
y pregunta:

—¿Ya comió?

Y pone un plato sobre la mesa.

No pregunta de dónde viene.

No pregunta cuánto tiene.

No pregunta qué puede devolverle.

Solo comparte.

Y por un instante
el mundo deja de ser extranjero.

También mi familia conoció esos gestos.

Cuando la vida se volvió intemperie,
cuando una madre con dos niños
tuvo que aprender a sobrevivir
en lugares donde nadie debería vivir,
siempre apareció alguien.

Una mano.

Una puerta.

Un poco de techo.

Un poco de pan.

Y aquellas personas quizá nunca supieron
que estaban haciendo algo más grande
que ayudar:

nos estaban diciendo
que todavía pertenecíamos.

Porque la pobreza no es solamente
no tener pan.

Es no tener un lugar en el mundo.

Es mirar desde lejos
la vida que también debería ser nuestra.

Es el niño sin oportunidades.

Es la madre que espera.

Es el hombre que se va.

Es el territorio donde el dolor
no aparece en los mapas.

Y quizá la solidaridad sea eso:

mirar al que ha quedado afuera
y hacerle un lugar.

No hace falta tener mucho.

A veces basta una palabra.

Una mano.

Una puerta abierta.

Porque la pobreza puede expulsarnos
de la tierra,
del trabajo,
de la escuela,
de la esperanza.

Pero mientras exista alguien
capaz de mirar al otro
y decirle:

ven,

todavía no estaremos completamente solos.

Y quizá un día,
después de haber buscado tanto,

comprendamos que el suelo
no siempre es la tierra
y que el cielo
no siempre es un país.

Quizá estaban allí,
en el corazón de quienes nos sostuvieron.

Quizá el suelo era esa mano.

Quizá el cielo era esa mirada
que todavía creía en nosotros.

Y entonces entendamos
que el mundo no empieza
donde termina una frontera,

sino donde alguien
le hace lugar a otro.

Jairo Benjamin Pérez Hoyos
Bogotá D.C.

Un cucarrón olvidó su sombra sobre mi cuello

En mayo los árboles esconden la tristeza
en los ojos de los cucarrones.

De niño me gustaba salir al parque del barrio.
Veía los cucarrones jugar con las olas del viento.

Su vuelo cambiaba de dirección para escuchar
las plegarias de los insectos de la tierra,
las ponían sobre las alas y las acercaban
un poco más a dios.

A veces eran tantos
que sus cuerpos chocaban,
como una lluvia de sombras
contra mi piel.

En los días soleados, la sombra de los cucarrones
se confundía con la mía;
entonces, me daban ganas de comer raíces
y polinizar plantas,

de esparcir semillas con las oraciones
que no alcanzaban a llegar al cielo.

Un día
uno de ellos se enredó en mi gorro,
llevaba las alas delanteras manchadas
del insomnio de una hormiga
y las otras del hambre de una pulga.

Me quité el gorro y le liberé las patas.
Se marchó como un recuerdo en vuelo
que no tiene quién lo viva.

Desde ese instante
algo de él se fusionó conmigo.

Los doctores dicen que esta mancha marrón
es un melanoma,
pero no, no lo entienden,
ellos no conocen en secreto a los cucarrones.

No es el tono de esta piel,
ni el sol de mediodía,
o la falta de protector solar.

Tampoco es el ABCDE de los lunares.

No.

Un cucarrón extravió su sombra sobre mi cuello,
¿cómo se lo digo a los doctores?

Esa sombra conserva la figura de su portador.
Nunca se cansó de buscarlo.
Caminó por mis pulmones, mis huesos,
mi hígado y mi cerebro.

Dejó un poco de ella en cada órgano,
por si el eco de su vuelo regresaba un día.

No he querido decirle a la sombra que

los cucarrones sólo viven pocas semanas.

Hoy, en la etapa terminal,
con su silueta confundida con la mía,
la quietud es el único testigo.

Ella jamás encontrará su cuerpo
y yo pronto abandonaré el mío.

Luz Angélica Alvarado Velandía
Bogotá D.C.

Tanta nada

¿Tengo permitida la ira?
¿Tengo la tristeza prohibida?

Se me hace imposible mirar al firmamento,
ya no hay un techo que limite mis lamentos.
Cuando uno se encuentra en el fondo,
entiende que se puede ir aún más hondo.

Tengo la nada en mis manos.
La agarro con desprecio,
la moldeo en oraciones,
la tejo con la soledad.

Me invento mil maneras
y trato de verla buena,
pero el resultado
no me es de utilidad.

La nada no se come,
la nada no se viste,
la nada no te cura:
la nada se unta.

La nada no se bebe,
la nada no se duerme,
la nada no se juega:
la nada se contempla.

La nada se te aferra
por más que te sacudas.
La nada se comparte,
pero nunca es envidiable.

Ya solo me cubro de abrazos
y engaño a mi cuerpo,
para que confíe en el frío.

Me enseñaron a temer a la mecedora
cuando se mece sola.

Injusta la vida,
me ha puesto a decidir;
difícilmente me pude elegir.

¿Cómo no renegar si en mi carrera
la meta es el punto de partida?
Un día arranqué corriendo,
hoy me arrastro con poco aliento.

Nunca he tenido todo,
pero jamás he tenido tanta nada
como hoy en la mañana.

Y si prefiero tener *"la nada"*,
es porque de esa manera
no puedo perder *"lo todo"*.

Tengo permitido soñar,
ya no siento culpa de llorar.

Hoy vivo por agradecimiento,
pero qué difícil es
que la nada sea tanta
que hasta en mis pies se derrama.

He visto menos nada
por manos que han tenido todo.
Doy gracias con vergüenza
recibir el pan ya no me pesa.

Me niego a creer que alguien ha de merecer
tanta nada,
tan poco de algo
y ni un poco de todo.

En esta tierra de colinas,
ya no sé cómo llegar a la cima,
y si me caigo en un río hondo,
¿tendré fuerza para llegar a la orilla?

Me mueve la idea de pensar
que la nada me puede abandonar.

Ojalá un día
la nada se aburra de mí,
y sea tan pequeña
que no tenga más espacio que ocupar
que la yema de mi pulgar.

Daniel Felipe Perez Peña
Bucaramanga

Ser o no ser

“Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!”
César Vallejo

No soy una cifra del último terremoto
ni una fotografía de vestiduras rasgadas
ni el grito que resiste bajo los escombros.
No soy el territorio de la herida
ni el silencio que palpita después de la demolición
ni el alud de todo lo perdido.
No soy el desgarro
ni la grieta que sobrevive al movimiento fulminante
ni la desesperanza vigilada por la sombra.
No soy la risa sepultada bajo el techo de zinc
ni la humedad en el muro
ni el plástico en la ventana.
No soy el barro
ni el charco
ni el cable eléctrico que cuelga inútilmente.
No soy la casa perdida
la casa precaria
la casa deseada.
No soy el que vive en la urgencia
el que se convierte en materia de olvido
ni el que tiene un futuro que se vislumbra estrecho.
Mis huesos no se abrigan con el frío
ni me alimento con hambre
ni el insomnio me sirve para cruzar la noche.
Mi carne no es archivo de dolores
ni la fragilidad que revela el despojo

ni la piel que habita el polvo.
No soy el mapa de lo que ya no existe
ni la fisura que divide el “nosotros”
ni las palabras que ya no comparten el mundo.
No soy la frontera entre el yo y el abismo
ni los harapos de un sueño
ni aquello que nadie quiere leer.
Soy fractura de la indiferencia
el derecho a vivir sin que escasee mi cuerpo.
Soy mano agradecida frente a la olla común
luz prestada por la esperanza:
compasión que se encarna en el pan compartido
dignidad que se nutre con tu canto solidario.

Sandra Uribe Pérez
Bogotá D.C.



Así siempre jamás

Ahora que reiniciaron los bombardeos
en la garganta de los Arbustos Tristes,
¿dónde guardará el diario Josefa?

¿A dónde podrá huir Raquelita?
Ahora que las cuadrillas hambrientas
incursionan en el páramo del Desconsuelo.

Ahora que comenzaron los sobrevuelos
en el cañon de los Insaciables,
¿cómo soportará la gastritis Alejandro?

¿Cómo cosechará Apolinar la yerbabuena?
Ahora que volvió la llovizna ácida
sobre la vega de los Alquimistas.

Ahora que la emisora de los cautivos
volvió a rociar el aire con lágrimas secas,
¿cómo sostendrá Petronio los recuerdos?

¿Será que la humedad del cambuche
acabó con los huesos de Juan Alberto

ahora que termina la temporada de lluvias?

Cuando el corazón se repliegue
hacia la gruta de los Olvidados,
¿Podrán dormir tranquilos los inermes?

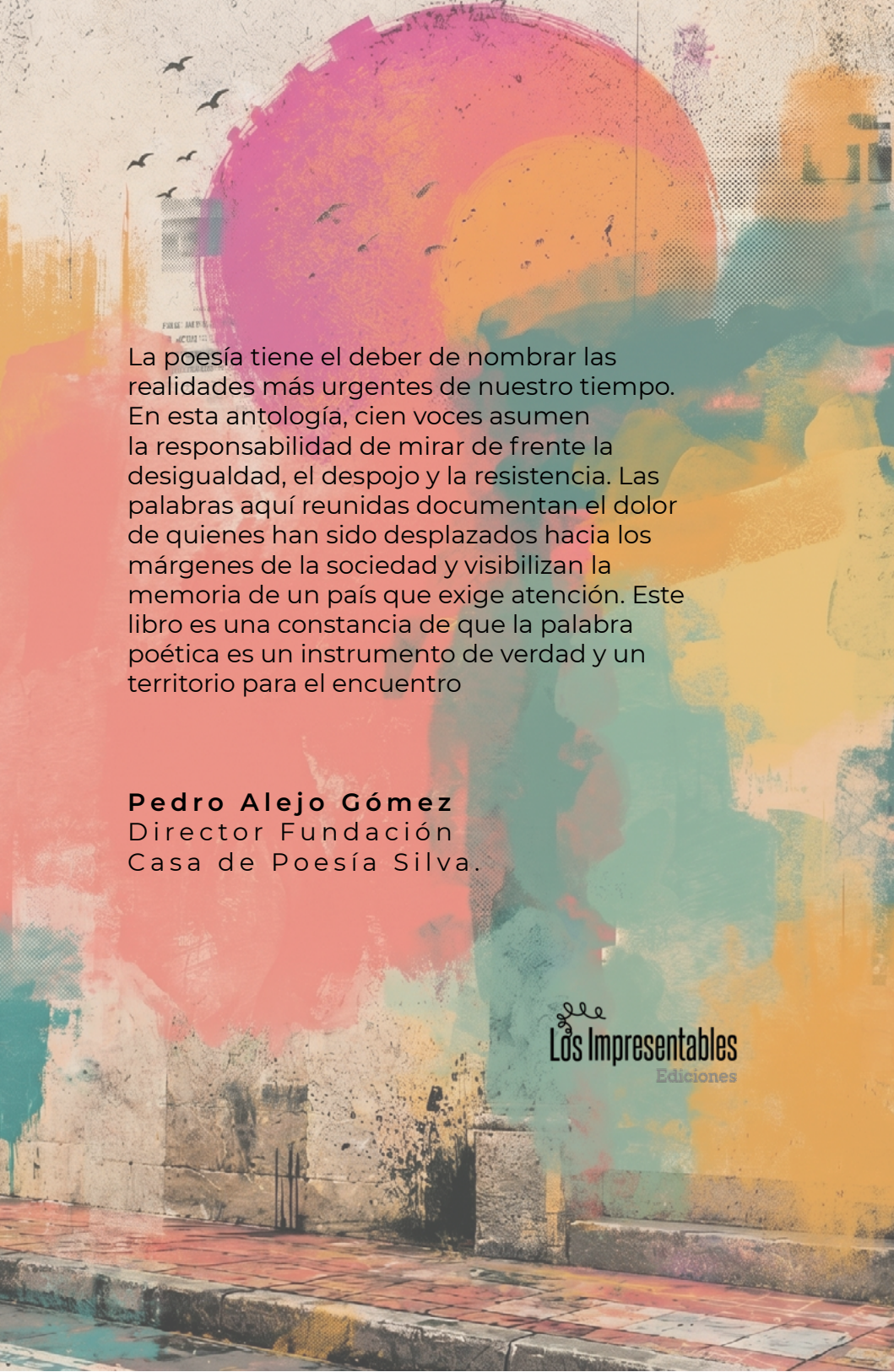
Armando Ibarra Racines
Cali

Diálogo

Sobre la Colección

La Colección Diálogo es una iniciativa conjunta entre la Fundación Casa de Poesía Silva y Los Impresentables ediciones, concebida para establecer puentes de lectura en la poesía contemporánea. Su propósito central es reunir voces con rigor estético y compromiso ético frente a las realidades sociales, la memoria y la condición humana. Mediante un cuidado trabajo de edición, esta colección entrega a los lectores obras directas y estructuradas, fomentando un espacio de reflexión literaria en Colombia e Hispanoamérica.

La
edición digital de
La pobreza, exilio del mundo. Antología poética 2026,
realizada en coedición por la Fundación
Casa de Poesía Silva y Los Impresentables
ediciones, terminó su proceso de producción
en Bogotá D.C., Colombia, en noviembre de 2026.
La aparición de este volumen coincide con la
conmemoración de tres fechas fundamentales
para la literatura colombiana: el cuadragésimo
aniversario de la apertura de la Casa de Poesía Silva,
el centenario de la publicación del libro *Suenan
timbres* de Luis Vidales y los cien años del natalicio
de Rogelio Echavarría, autor de *El transeúnte*.
Para la composición de estas páginas se
emplearon las familias tipográficas
Montserrat y MADE Sunflower.



La poesía tiene el deber de nombrar las realidades más urgentes de nuestro tiempo. En esta antología, cien voces asumen la responsabilidad de mirar de frente la desigualdad, el despojo y la resistencia. Las palabras aquí reunidas documentan el dolor de quienes han sido desplazados hacia los márgenes de la sociedad y visibilizan la memoria de un país que exige atención. Este libro es una constancia de que la palabra poética es un instrumento de verdad y un territorio para el encuentro

Pedro Alejo Gómez
Director Fundación
Casa de Poesía Silva.

Los Impresentables
Ediciones